

**GABRIELA COURREGES**

**CUeNTOS**  
*de*  
**FAMILi**



**DICTADURA MILITAR**  
**ARGENTINA 1976-1983.**

GABRIELA COURREGES

**CU**e**NTOS**  
*de*  
**FAM**i**LIA**

A stylized illustration of a firefighter in a red helmet and jacket, positioned to the right of the word 'FAMILIA'.

**Decana**

Andrea Varela

**Vicedecano**

Pablo Bilyk

**Jefe de Gabinete**

Martín González Frígoli

**Secretaria de Asuntos Académicos**

Ayelen Sidun

**Secretaria de Investigaciones Científicas**

Daiana Bruzzone

**Secretaría de Posgrado**

Lía Gómez

**Secretario de Extensión**

Agustín Martinuzzi

**Secretario de Derechos Humanos**

Jorge Jaunarena

**Secretario Administrativo**

Federico Varela

**Secretaria de Finanzas**

Marisol Cammertoni

**Secretaria de Género**

Delfina García Larocca

**Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica**

Pablo Miguel Blesa

## **Gabriela Courreges (Buenos Aires, 1934)**

Se desempeñó como periodista entre (1962 y 1995). Secretaria de la Publicación del Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras de la CGE, (1962). Columnista y redactora en la mítica Editorial Abril: semanario *Panorama* y mensuarios (*Claudia* y *Bienestar*) (1963 a 1981). Columnista en radios Mitre y América, (1978 al 83). Encargada de prensa y difusión en radio Belgrano (1985 a 1987). Jefa de Prensa Agencia Latinoamericana de Noticias (ALA) (1984).

En 1961, formando parte del Teatro-Escuela Fray Mocho, viajó a Cuba con su marido de entonces, Osvaldo Dragún quién dirigió allí el Seminario de Dramaturgia del Teatro Nacional de Cuba. Apenas llegada, participó de una reunión del Ministerio de Cultura con Fidel Castro, y le entregó al Che Guevara varios libros de la colección Coyoacán que le enviaba Mario Valotta.

En la isla, fue alfabetizadora de adultos, jóvenes y niños durante dos años. Además fue miliciana y trabajó en el programa Instructores de Arte, una de las iniciativas más efectivas de inclusión de jóvenes que llegaban de todos los pueblos alejados de La Habana para adquirir formación.

En 1970 se casó con Rogelio García Lupo, con quien tuvo dos hijos y compartió 46 años de vida.

Además de este libro, ha escrito dos novelas y dos poemarios que permanecen inéditos.

Courreges, Gabriela

Cuentos de familia / Gabriela Courreges. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1895-6

1. Cuentos de Ciencia Ficción. 2. Narrativa Argentina. I. Título.  
CDD A863

*Edición y corrección: Marina Arias*

*Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste*

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 N° 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / [www.perio.unlp.edu.ar](http://www.perio.unlp.edu.ar)

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

# ÍNDICE

|                          |           |
|--------------------------|-----------|
| <b>PRÓLOGO</b>           | <b>7</b>  |
| <b>EL DICENTE</b>        | <b>10</b> |
| <b>BUSQUEDA</b>          | <b>15</b> |
| <b>LOS PACHOS</b>        | <b>31</b> |
| <b>EL ESCONDIDO</b>      | <b>36</b> |
| <b>RECORRIDO</b>         | <b>41</b> |
| <b>OFERTA</b>            | <b>45</b> |
| <b>MUEBLE ANTIGUO</b>    | <b>50</b> |
| <b>CAPÍTULO IGNORADO</b> | <b>55</b> |
| <b>Por LA VENTANA</b>    | <b>60</b> |
| <b>LA AUSENTE</b>        | <b>65</b> |
| <b>SACAME</b>            | <b>70</b> |

# PRÓLOGO

POR LUIS BRUSCHTEIN

Supongamos que la gente tiene un aparatito en la cabeza que le regula la vida para poder creer que lo que le pasa es normal y sobrevivir. Y que después de un tiempo que pasó lo terrorífico, el aparatito se desconecta. Y recién allí la persona toma consciencia del miedo absoluto, callado, siniestro. Y supongamos que ese aparatito funciona en un barrio, en una ciudad, en un país entero. Y supongamos que el despertar de esa anestesia se produce mucho más lentamente que el encendido automático y que, además, es incompleto porque quedan zonas de la memoria que no se recuperan.

No hace falta suponer. Es lo que pasó en Argentina cuando todo el mundo naturalizaba el terror que la represión se había esmerado en difundir de esa manera subterránea, solapada. Los desaparecidos son el terror desaparecido con el que convivió el país durante la dictadura. Esas ausencias que no se podían explicar en voz alta estaban pensadas para que las personas pudieran negar el terror. Fue la negación del terror que va por dentro.

Los cuentos de Gabriela Courreges hablan de esos miedos durante la dictadura y después, a lo largo de un despertar que se estiró muchos años cargado de negaciones, resquemores y culpas.

El miedo que se incubó en la dictadura forjó una matriz tan fuerte que resistió muchos años a la verdad que surgía de los juicios y que contaban sobrevivientes y arrepentidos. Y era muy difícil ubicar y reconocer los derivados subrepticios que había generado esa matriz.

Fue el recorrido más difícil de la transición democrática desde un país que durante décadas naturalizó a las dictaduras militares como parte de sus procesos democráticos, hacia otra sociedad que las descartara de plano. Fue un tránsito lleno de trampas que salían de esa matriz del viejo miedo negado.

El que vio un secuestro, el que fue amigo, vecino, familiar o pareja de un desaparecido o desaparecida, el que quemó libros o los enterró en el fondo de su casa, el que pidió a sus hijos que no hagan comentarios en la escuela, los hijos que recibieron esa advertencia, el que cruzó de vereda para no saludar a un viejo amigo, el que borró agendas de teléfono, y así y así.

Eran pequeñas anécdotas que se transformaron al principio en pequeños silencios. Que con el tiempo crecieron y crecieron hasta convertirse en grandes agujeros de oscuridad que condicionaron actitudes, decisiones, culturas y procesos políticos a nivel país.

El miedo fue el gran protagonista en la dictadura y durante la transición democrática. Por eso es invaluable la contribución de las Madres de Plaza de Mayo. La sociedad de la que surgió ese miedo primordial dio luz a su contrapartida en esa Madre mítica que personificó a la valentía que surge del amor. Eran lo único que podía vencer al miedo.

A las personas, a la sociedad, no les gusta aceptar el miedo, por eso es tan elusivo. Es un poco más complejo, porque en realidad no les gusta saber que sus



actitudes puedan estar guiadas por el miedo. El miedo al miedo lo convierte en algo fantasmal e indecible, mucho más aterrador.

Uno podría decir: el miedo no es bueno, pero peor es negarlo. Es lo que de alguna manera dicen los cuentos de Gabriela Courreges en un lenguaje casi transparente y aireado, para transmitir el clima denso e irrespirable que se enreda con esos miedos.

Ahora se siente así. En ese momento, en cambio, se respiraba, simplemente. Y ahora, esos relatos, operando como memoria, los recupera con esa densidad y con un lenguaje tenue que se limita a relatar, a decir, simplemente, y cede la escena a esos climas que se vivían en la dictadura.

Esto fue lo que me produjo la lectura de los cuentos. El recuerdo de esos años se me aparece como una película oscura en blanco y negro. No solamente los militares de la represión sino también la televisión, los periódicos y revistas, los personajes de la farándula, las conversaciones y el sentido común de las conversaciones banales.

Quizás sea injusto, pero todo eso formaba parte de un escenario donde el actor principal era el miedo no reconocido por unos y, por supuesto, creado por los militares y festejado por sus cómplices civiles. Es bueno hablarlo, aunque duela. Es bueno reconocer el miedo, porque de lo contrario nos desborda. Es bueno saber cómo se ramifica para saber cómo manejarlo. La verdad es mejor que el miedo.

# EL DICENTE

... Que desde el edificio ya citado donde el dicente se desempeña como encargado, el viernes 29 de octubre de 1976 vio que en la planta baja del inmueble de enfrente ya mencionado, la puerta de uno de los dos ascensores se abrió y una mujer joven, con el pelo que casi le tapaba la cara y un bebe en brazos recogió un bolsón del piso del ascensor y dejó paso a la señora del 4° piso "A", quien vivía en el mismo edificio, cargaba dos bolsas de compras y cuyos datos personales el dicente ignora. Que dicha señora le comentó tiempo después en fecha que no sabe precisar, que al subir el ascensor pasó por el 3° piso y antes de detenerse en el 4° piso, escuchó que decían: "Andá, alcanzala, bajá por la escalera". Que a la mujer que bajó del ascensor con el bebe, cuyos datos personales ignora y que vivía con su marido en el 6° piso "B" del edificio de enfrente ya citado, no se la vio más y que al marido tampoco se lo vio más. Que viniendo de la panadería el día sábado 21 de agosto por la mañana del año antes citado, pasó por el café sito en la esquina de Guise y Charcas y vio en ese café al encargado del edificio de enfrente hablando con un hombre y que ese mismo hombre, al que dice no conocer, otro día cuya fecha no recuerda estaba

tocando el timbre del portero eléctrico de la portería del edificio de enfrente. Agrega el dicente que no alcanzó a saber si el encargado de dicho edificio salió para atender a la persona que tocaba el portero eléctrico porque entró a su propia portería para que no lo vieran. Preguntado sobre por qué no quería que lo vieran dice que por razones de seguridad. Agrega que en la farmacia, en fecha que no sabe precisar, la esposa del abogado del 5° piso "A" del edificio de enfrente cuyos datos personales ignora le había dicho un día a la esposa del dicente: "A veces está borracho, a la mañana no, pero al atardecer más de una vez me habló borracho, se controla muy bien, pero igual se le nota por el aliento. No sabemos qué hacer con él". Que los dichos de la señora del 5° piso "A" se referían al encargado del edificio de enfrente. Agrega que no puede precisar la fecha en que no se vio más al matrimonio que alquilaba el 4° piso "B" del edificio en el cual el dicente se desempeña como encargado. Que dicho matrimonio eran sicólogos y padres de dos nenas mellizas. Corrige que la esposa era sicóloga y el marido tenía alumnos. Que por eso siempre trabajaba en la casa. Que el día jueves 8 de julio del mismo año a las 22.30 horas el dicente vio desde el quiosco de la esquina que el encargado del edificio de enfrente dejaba entrar a dicho edificio a cuatro hombres vestidos de civil a quienes dice no conocer. Que cuando después de comprar cigarrillos se dirigió a su propio edificio, esas personas ya habían entrado y el encargado de enfrente no estaba en la planta baja. Que media hora después vio por la puerta apenas entreabierta que da al garaje de su edificio, cómo las cuatro personas de civil se llevaban de la casa de departamentos de enfrente al hijo de la señora del 5° piso "A" cuyos datos personales ignora y lo introducían en un auto. Que lo

reconoció por la campera. Preguntado sobre si está seguro, afirma que está seguro. Que el encargado de la citada casa de enfrente le había comentado después que se lo habían llevado por judío y por guerrillero. Que no comentó el hecho con su familia por razones de seguridad. Que a ese hijo de la familia del 5° piso "A" del edificio de enfrente no se lo vio más. Que el viernes 10 de septiembre del mismo año dos hombres de civil cuyos nombres desconoce y que le mostraron credenciales de la policía, pidieron pasar y le solicitaron datos sobre las personas que habitaban el edificio en el cual él es encargado. Que el dicente les informó sobre los nombres que aparecían en las expensas y que esos datos los policías ya los conocían, que querían otros datos. Al preguntársele qué otros datos le fueron solicitados dice que sobre colegios y universidades a que concurrían, dónde trabajaban, clubes de los que eran socios, si tenían casas de fin de semana, correspondencia que recibían y si viajaban al interior o al exterior. El dicente dice que comenzó por decir las profesiones de algunos de los ocupantes del edificio pero que esos datos los policías también ya los tenían. Que no comentó este hecho con ningún copropietario del edificio por razones de seguridad. Que sospechó del encargado del edificio de enfrente después que desaparecieron las cuatro personas del mencionado edificio y las cinco personas del edificio donde el dicente se desempeña como encargado. Se le solicita al testigo que diga a cuáles personas se refiere y dice que se refiere a la señora del 6° piso "B" que bajó del ascensor con el bebe y después tomó un taxi en Guise y Güemes, al marido de dicha señora, al hijo de la señora del 5° piso "A", quienes vivían en el edificio de enfrente y a la pareja con sus hijas que vivía en el 4° piso "B" del edificio del dicente y a su sobrino. Que aumentaron

sus sospechas cuando de los dieciocho departamentos que tiene el edificio de enfrente se mudaron seis familias que por lo menos hacía diez años que vivían allí y eran dueños. Que en dos de esos departamentos en la actualidad no vive nadie pero que todavía están los muebles. Que también sospechó cuando se supo, no sabe precisar en qué circunstancia ni por quién, que en uno de esos departamentos desocupados, precisa que se refiere al 3° piso "B", hubo un allanamiento nocturno que el dicente no presencié en el mes de octubre del mismo año y que de allí se llevaron muebles y objetos. No sabe decir qué muebles ni qué objetos. Que en enero (no sabe precisar la fecha exacta) de 1977, el mencionado encargado del edificio de enfrente le había aconsejado al dicente que colaborara con la policía porque de lo contrario sería acusado de proteger a subversivos. Que en febrero de 1977 el sobrino de la esposa del dicente había viajado desde la provincia de Santa Fe a Buenos Aires y se había alojado en su casa, que su sobrino tenía el pelo largo porque le había prometido a la novia cortárselo cuando se casaran, para no entrar así a la iglesia. Al preguntársele a qué vino su sobrino, dice que a terminar la escuela industrial en un colegio nocturno y buscar trabajo. Que el dicente le consiguió trabajo a su sobrino como suplente en una portería cercana en abril de ese mismo año. Que el encargado de enfrente le había hecho al dicente preguntas sobre el sobrino y que no sabe por qué no simpatizaban. Agrega que cree que porque eran hinchas de equipos de fútbol rivales. Que además, por el pelo largo, el encargado de enfrente le decía al sobrino del dicente: "Colita, colita, como una señorita". Que el mencionado encargado del edificio de enfrente también le había dicho al dicente que no les permitiera a las hijas del dicente

usar minifalda porque iban a tener mala fama. Que el sobrino del dicente no volvió a su casa el sábado 26 de noviembre de 1977, que había dicho que iba al cine y nunca más tuvieron noticias. Que avisó a los padres de su sobrino que viven en la provincia de Santa Fe pero que personalmente no hizo ninguna denuncia por razones de seguridad y por temor a que les ocurriera algo a sus hijas. El dicente agrega que el encargado del edificio de enfrente dejó su trabajo hace un año. Que ignora dónde se encuentra. Que en la actualidad hay un encargado nuevo. A la pregunta sobre por qué realiza ahora esta denuncia, transcurridos ocho años después de los hechos, el dicente contesta que porque cuando la esposa del dicente falleció el año pasado, sus hijas le hicieron prometer que denunciaría al encargado del edificio de enfrente ya citado. Que antes no lo había denunciado, además, porque era su hermano.

# BUSQUeDA

—Pase.

Había estado parado junto a la ventana mirando la calle detrás de los visillos cuando la vi acercarse y tocar el timbre. Después que entramos la puerta cancel quedó con una hoja abierta, estaba zondeando y pensé volverme y cerrarla, pero la dejé así. La muchacha me había mandado una carta y después me llamó por teléfono desde Buenos Aires. Mejor era atenderla. Una cosa es la gente que anda buscando historias para desenterrar rencores o justificar barbaridades y otra cosa es una niña con la misma enfermedad que padeció mi madre.

—No le ofrezco nada por la hora.

—Gracias, está bien.

Sentada en el borde de la silla como para irse ya, me explicó a qué había venido y que su apellido era Merrier pero que le dijeron que podía ser Merriere.

—Nosotros somos Menier, siempre fuimos Menier desde mis tatarabuelos que eran de Luján.

Le conté que habíamos sido siete hermanos; cuatro varones, dos de ellos

muertos y tres mujeres, una de ellas muerta. Ahora éramos cuatro viviendo y yo era el mayor.

—¿Usted sabe cuándo murió Sabino? Yo sé cuando murió Alberto.

Así que algo sabía. Le dije que suponíamos que Sabino había muerto en el invierno del 76, que un año después había muerto mi madre.

La Lisa, que andaba con el lampazo limpiando la galería abrió una puerta apenas, miró a la visita, saludó y me preguntó:

—¿Sirvo unos té?

—No, dejá, está bien así.

Después pasó entre medio, cerró la hoja de la puerta cancel y dijo:

—Va a zondear fuerte, vio, yo le dije.

—Tapame la guitarra con el paño, que no le entre ese viento caliente.

Miré a la monjita como a una hija que nunca tuve, con atención y casi cariño.

—Bueno, hermanita ¿y de qué más quiere hablar?

—Quería saber si ustedes supieron cómo y dónde murió mi papá y si lo enterraron.

Yo pensé que me hablaría de la Pepa y me tranquilicé.

—Alberto está enterrado aquí, de Sabino no sabemos nada, es como si se hubiera ido para siempre.

—Se fue para siempre.

Hacía tantos años, saliendo por esa misma puerta cancel, Sabino le había dicho a la mamá (el papá estaba en Tunuyán): “Si llama la Pepa decile que voy para la terminal”. Discutieron con Alberto esa tarde; siempre tenían esas discusiones y



la mamá cerraba las puertas y ponía la televisión alto para que nadie escuchara. Nunca más lo vimos. Al poco tiempo el Alberto se fue también, lo trasladaron a Buenos Aires y vivió en Palermo hasta que nos avisaron que había muerto y yo lo fui a buscar y lo enterramos aquí en enero del 78. Pero entre que se fue y volvió muerto, vino dos veces aquí, cuando murió la mamá y otra vez. Fue cuando le pregunté por Sabino y me dijo: “Vos sabés muy bien”. Aquella noche del invierno del 77 me contó lo que quería y yo entendí que no me contara todo lo que sabía. Una vez, en Las Heras, para la Navidad del 78, lo encontré a Carlos, el hermano de la Pepa; se me vino encima y me gritó: “ustedes son unos pobres cobardes, unas pobres ratas”. Lo alcancé a golpear pero nos separaron. No comenté nada en casa y de esa familia no quisimos saber más nada.

Por ser el mayor y por manías propias era el que más sabía de la familia, el que de chico siempre preguntaba: “¿Y la mamá del abuelo por qué es que no quería hablar español? ¿Y la tía Irene por qué se casó con un viejo? ¿Y el papá del Salvador por qué vive aquí y en Chile?”.

Sabía, algo sabía, aunque sobre algunas cosas no hubiera preguntado nunca.

Conocía lo que me habían dicho y siempre pensé que todavía me faltaba algo por conocer. Y a esta muchacha me la había mandado el Sagrado Corazón de Jesús, para que la aliviara o para que no se muriera de esa enfermedad sin saber quién era.

Ahora estaba ahí, flaca, pálida, de grandes ojos pardos y preguntaba por Sabino.

Yo pensaba que algo ocurriría algún día con esta niña, por todo lo que se

dijo en la televisión y por los diarios. Pero nunca la imaginé así, parecida a mi hermana Lidia pero igualita a mi madre de joven, como se la veía en ese retrato antes de casarse con mi padre.

—¿Y tiene parientes en Buenos Aires?

—Sí. Pero recién los conocí hace poco.

—¿Y vive con ellos?

—No, usted sabe cómo vivimos nosotras.

—Sí, claro.

No sabía cómo entrarle al tema de la familia de la Pepa, cómo enterarme si ellos sabían que esta hermanita vendría a verme, porque me habían dicho que Elsa, la hermana de Pepa, había estado años averiguando en Buenos Aires. Lo peor era que yo desconocía qué sabía o no sabía la muchacha. Y mucho peor era lo que yo ignoraba, no había querido averiguar o preferí dejar así como estaba.

Serían ya las tres y media de la tarde, el aire se había puesto gris oscuro y espeso, con el Zonda barriendo las veredas y los costados de las acequias nerviosas. Me pregunté cómo y dónde habría nacido esta niña, con tantas historias como se habían conocido, que podían ser verdad o no, pero algunas parecían ser ciertas. Porque yo sabía lo ocurrido después que el Alberto la encontró, pero de antes, de su nacimiento, Alberto no me había dicho nada. La monjita abrió una libreta que tenía y dijo:

—Mañana voy a ir a la Universidad, allí me dirán algo.

—¿Me dijo que en sus documentos usted es Merriere con e al final?

—No, sin e al final.

Guardó la libretita en un bolsillo y se quedó quieta, como esperando. La

Lisa apareció trayendo una bandeja con dos tazas de té, sirvió y se fue sin abrir la boca.

—¿Y su apellido materno, lo sabe?

—Sí, claro.

Ahora el Zonda se había alzado y seguro que atolondraría a todo el mundo, porque cuando soplaba para la cordillera se encontraba con esa muralla y enloquecía.

La muchacha se acomodó la falda del hábito y no pude imaginarla vistiendo ropa común de mujer, era como una estampita. Me dije: esta niña tendrá mi apellido con una letra cambiada pero tiene también mi sangre y es igualita a mi madre; qué le voy a decir que no la dañe.

—Y a usted le dijeron que Sabino era su papá.

—Sí.

—¿Y de su madre qué sabe?

—Que desapareció después que yo nací.

—¿Y quién la anotó con ese apellido y ahora por qué está en un convento?

—Eso nunca lo supe.

—Mire, le voy a decir, nosotros nunca supimos nada de Sabino, nunca averiguamos; como era él, imaginamos que le ocurrió lo que a tanta otra gente.

Pensé que era pecado decirle lo que creía saber a una monjita enferma que vive para Dios, que no anduvo mezclada en las cosas de este mundo, sentí que no era bueno meterse en la vida privada de los muertos, en sus cosas que ya no pueden explicar; no quise contarle que aquella noche de invierno del 77 yo me había quedado escuchando música y leyendo y Alberto llegó de la calle y entró a la

salita. Cuando se quitó la campera le dije: “Che, no andés con eso en la casa, no quiero que la Lisa te vea el arma, guardala”. No me hizo caso, se sentó estirando las piernas, encendió un cigarro y habló:

“Cuando Sabino se fue y se llevó a la Pepa yo creí que la perdía para siempre. Mientras ella estuviera aquí, yo tenía la esperanza de que como Sabino era tan loco, por fin ella iba a razonar, iba a elegir, ¿a él cuánto le faltaba para recibirse? Como dos años... Yo ya estaba con mi grado, con mi sueldo... Pero se la llevó. Yo ya estaba enterado de sus cosas, que andaba en ésas. Vos, Chango, ahora me decís a mí pero él también andaba armado, y era un civil. Si no querés no me creas, pero la Pepa me dio lugar, me lo dio porque una mujer que está comprometida con un hombre que no sabe bailar, no baila con otro. Ella bailó conmigo aquí, en mi casa, en mi cumpleaños. Era el 75 y yo cumplía 25. Te voy a decir algo: la mamá se dio cuenta. ‘No la mires tanto a la novia de tu hermano’, me dijo. La Pepa me dio lugar. Cuando fui a Buenos Aires, ella me dijo que hacía dos meses que no lo veía a Sabino, que estaba escondido y la llamaba de vez en cuando. Yo toqué el timbre del departamento, ella bajó, abrió la puerta y me dijo:

—Hola, ¿qué hacés aquí?

—Vine a buscarte.

Sabino no apareció más y ella no lo lloró mucho, había un rencor entre ellos porque él la dejaba sola, apartada. Y así fue que seguimos juntos. Y cuando ella, encinta, también desapareció de la casa, yo me ocupé de averiguar. Llegué tarde para salvar a la Pepa, pero rescaté a mi hija recién nacida.”

## II

La empleada de la agencia inmobiliaria entró presurosa y levantó las persianas para que Elsa viera por la ventana del dormitorio la cúpula de la iglesia cercana y también abrió la puerta del living al balcón para que apreciara la arboleda que desde el cuarto piso era un manto verde y tembloroso. Elsa fue hacia la cocina y se quedó mirando ausente, pensando en esas marcas que dejan los muebles cuando se vacían las casas. Le pareció ver esa cocina como era hacía diez años, en el 76, cuando en ese departamento vivían su hermana Pepa y Alberto y antes habían vivido Pepa y Sabino, hasta que él desapareció. También recordó cuando en agosto del 83 pasó por la vereda de enfrente mirando hacia el balcón. Ya no estaban las plantas y las ventanas tenían las persianas bajas. Había algo hermético y clausurado allí. Fue cuando Elsa viajó a Buenos Aires después de recibir la primera carta:

“... como sabemos que ustedes quieren tener noticias, yo tengo algo para darle. En el hotel Castelar, en la Avenida de Mayo, el viernes 19 de agosto a las once pregunte por Victoria, yo estaré leyendo en el bar y la reconoceré. Fui vecina de su familia y no me mueve otro interés que tener mi conciencia en paz, porque estoy pasando por un problema grave y le hice una promesa a Nuestra Señora de Guadalupe...”

Dos días después de visitar el departamento Elsa llamó a su hermano Carlos desde su trabajo en el Banco:

—Lo compré, ya lo señé.

—¿Supiste algo?

—Que del 78 al 82 estuvo vacío y del 83 al 85 vivió un matrimonio mayor, la señora falleció y me lo vendieron el viudo y los hijos.

—Está bien, yo iré para allá, si puedo, el mes que viene.

En la calle San Martín, caminantes sin mirarse van hacia Plaza de Mayo, hacia los subtes, hacia el espacio abierto en el que desembocan y se pierden esas ramificaciones y tentáculos, esos restos de tensión obsesiva de los bancos, las casas de cambio, la Bolsa, los números, los billetes, los valores. Enormes puertas despiden, como bocas desencajadas, a gente que ha vivido el día entre pantallas de computadoras, luz artificial, boxes como celdas, pisos alfombrados y diálogos cruzados por sonrisas obligadas o rictus de hartazgo. El Banco donde Elsa había trabajado desde el 83 hasta el 86 era una sucursal chiquita en Godoy Cruz. Allá, en otoño, los árboles de la plaza cercana tenían ocho colores, del amarillo al ocre, después, cuando caían las hojas ya se veía blanca la punta del Aconcagua. Elsa mira vaciarse la calle San Martín, entra a ese subte al que su hermana Pepa temía, porque se ahogaba allí abajo y se pregunta: ¿Dónde estará, cómo será, qué hará esa chiquita, esa inocente, sabrán algo los hermanos de Alberto y Sabino? ¿Cómo encontrar a ese padre Juan?

Semanas después Elsa se muda al departamento; terca, diligente, acongojada.

Mientras cuelga las cortinas aparece, entre los árboles y dos edificios, la cúpula de la iglesia. Las manos quedan inmóviles ahí, detenidas en los rieles y los volados suspendidos como alas transparentes: ¿cómo no la vi, cómo no se me ocurrió antes?

La iglesia está casi vacía. Elsa camina hacía la sacristía y se asoma un padre joven, con anteojos.

—¿Padre Juan?

—No, el padre Juan fue a visitar enfermos...

—¿A qué hora vuelve?

—A mediodía.

Con la mirada en sus propios pasos lentos, agobiado el hombro derecho, el padre Juan entra, la ve sentada allá en el banco y sigue hacia el pasillo.

—Padre...

Se vuelve, se acerca, está parado frente a ella, las manos entrecruzadas, la mirada que interroga y aguarda.

—... Y como recibimos esa carta, queríamos saber si a la chiquita la habían bautizado aquí, porque vivían aquí a la vuelta... Si usted había conocido a la madre, que era mi hermana, si ella venía a misa aquí... si yo podía pedir la partida de bautismo...

—Ya vinieron a preguntar, hija. Aquí no está esa partida de bautismo. Vaya y rece por el alma de su hermana.

Elsa recorre Charcas hacia Coronel Díaz y recuerda la tarde de junio del 76 cuando fue a visitar a su hermana Pepa y rogó junto al portero eléctrico: “Dejame verte, la mamá quiere saber cómo estás, dejame hablarte”. Y cuando por fin Pepa la dejó entrar y le dijo, sollozando: “No puedo olvidar a Sabino, sueño con él, pero siempre que lo sueño es allá, no aquí en Buenos Aires. Alberto me quiere, me cuida, estoy un poco encerrada, no salimos, él me hace las compras... Andate ya, que puede llegar y anda muy nervioso, andate, decile a la mamá que estoy bien, que ya iré para allá, Alberto quiere que nos casemos pero yo le dije que esperaríamos, porque hace poco, no se lo dije al

Alberto porque se pone muy mal, me llamaron y me dijeron que Sabino me mandaba decir que lo esperara... ¿Te das cuenta? ¿A qué se vino para aquí, Sabino? ¿Para qué me vine con él, con el disgusto que les di a ustedes? ¿Y por qué vino Alberto después? ¿Por qué tengo que estar con el hermano de Sabino aquí, qué me pasa, Elsa, que está ocurriendo conmigo? Me he confesado con el padre Juan pero no hallo paz... Extraño tanto, un día de estos me voy..."

La familia de Pepa se había ido enterando de a pedazos, de a jirones de historia, a veces unos relatos no encajaban con otros y uno o dos años después encontraban otro jirón que acomodaban cuidadosamente donde correspondía. Era Elsa la que estaba consagrada. "Soy como una hermana Carmelita", decía, "llevo mi cruz y me casé con esto, vivo para esto, con mi rebeldía, mi encono, mi dolor".

En el poco tiempo que estuvo en Buenos Aires, su hermano Carlos había podido enterarse de que en marzo del 77 se habían llevado a Pepa embarazada, que en ese edificio nadie recordaba que hubiera vivido una mujer llamada Victoria, que el auto de Alberto había desaparecido de la cochera... De Sabino no había podido averiguar nada más que la fecha aproximada en la que alquiló el departamento y cuando ya no lo vieron más. En esa casa nadie hablaba, hasta que ese sábado la dentista de la planta baja le contó a Elsa: "Ese muchacho era un violento, una vez ella vino aquí con él cuando ya estaba embarazada, le dolía una muela y él la trató mal. Le dijo, delante mío: 'Ya te dije que no usés medias negras, y sabés por qué'. Me impresionó que le hablara así. Y entonces fue cuando guardando la receta que le hice, nervioso, metiendo y sacando papeles del bolsillo, cayó esta estampita detrás de la silla".



Para Elsa, que desde el 86 vivía en Buenos Aires, lo cual era un castigo para sus ojos y su alma, esa estampita que tiembla en su mano es el comienzo de su esperanza y el largo camino que recorrerá durante años de búsqueda, porque allí, en el reverso, sobre los márgenes de una plegaria impresa, hay una dirección manuscrita. Después, en esa dirección encontrará un convento.

En el bar del hotel Castelar, en agosto de 1983, la vecina de Pepa había dicho:

—Sí, estaba embarazada casi a término cuando se la llevaron, no me pregunte más, nosotros nos mudamos de allí sólo porque a veces veíamos televisión juntos y mi marido y él se entendían, tenían los mismos gustos, las mismas ideas, mi marido le llevaba las cuentas, los pagos, los bancos, como él es contador...

—Sólo quiero saber algo más, por favor, es muy importante para nosotros, hágalo por esa promesa que hizo... ¿Cuándo habrá sido la última vez que Pepa vio a Sabino?

—Cuando Alberto se fue de viaje unos días a Mendoza, en junio o julio del 76.

Ella lloró mucho después.

Elsa la mira sin hablar. Algo estalla adentro, en su sangre, sus entrañas, su garganta.

La mujer pone entonces en las manos de Elsa una carta que nunca llegó a su destinatario porque el marido de Victoria, (¿se llamaría Victoria?), que era quien tenía que entregarla, no había podido viajar y después de la muerte de Alberto prefirió guardarla. Ahora que su marido estaba internado,

con ese ataque que lo había dejado casi mudo, ella había hecho la promesa de escribirle y entregarle esa carta que Elsa leyó:

“Querido Chango:

Una persona de mi mayor confianza te entregará esta carta. Te escribo poco y rápido porque no tengo tiempo. Amigos me ayudaron y se pudo anotar a mi hija con el apellido como se acordó. Para el tema de la tutoría y demás, como ya te dije allá, vas a tener que viajar a ésta y hablar con el padre Juan, a quien conociste aquí el año pasado, arreglaré las cosas para que la niña tenga buena educación y no sea atea. Yo viajaré a esa, Dios mediante, el mes que viene. Cualquiera que pregunte por mi allá, estoy en Chile. Un abrazo. Alberto”.

### III

El coro se escuchó allá en lo alto y se fue acercando suave, bajo y nítido. El órgano retomó esa última nota solitaria y nuevamente el coro, ahora enérgico y derramado sobre la nave entera, se alzó. Ese final de la Pasión según San Mateo le dio fuerzas. Esa frase del coro: “Mi Jesús, duerme en paz”.

—Madre, quiero hablarle.

Hacia ya seis meses había recogido el primer papel doblado, chiquito como un caramelo, que una señora le acercó cuando en fila silenciosa las novicias caminaban hacia la escalera que llevaba al coro. ¿Por qué lo guardó, lo apretó fuerte en la mano, después lo escondió en el zapato y más tarde

lo leyó? ¿Por qué ese pecado de curiosidad, esa tentación que la aturdió?:  
“Sobrina querida, te quiero, soy la hermana de tu mamá muerta, que se llamaba Josefina y le decíamos Pepa. Perdoname. Te quiero.”

Sola en el mundo, le habían dicho, sus papás muertos en un accidente. Le explicaron lo del Juez de menores y que cuando fuera mayor de edad iría a Roma, que conocería a la Madre Teresa y que vería al Santo Padre en la Plaza San Pedro.

Al volver del coro busca cerca de la pila bautismal el tapado azul, la melena rubia y entrecana. Está allí.

Otro papelito detrás del florero de San Jorge. “Trabajo en un Banco, vine a vivir a Buenos Aires para conocerte. Te quiero. Me late fuerte el corazón cuando te veo en el coro”.

Y un día otro papelito explica: “Tengo que decirte algo: tenés, por parte de tu madre, una abuela y un abuelo, una tía que soy yo y me llamo Elsa y un tío que se llama Carlos, es casado y tiene dos niños. Por parte de tu padre no tenés abuelos, pero tenés dos tíos que se llaman Chango y Matías y dos tías que se llaman Lidia y Mercedes. No quiero que pienses que quiero obligarte a nada ni cambiar tu vocación; sólo quiero que sepas que tenés una familia, por si alguna vez nos necesitás”.

Después de recibir este mensaje ella había escrito y entregado otro papelito que decía: “Mi apellido no está en la guía, no hay nadie con mi apellido, y quiero decirle que estoy enferma, tengo diabetes”.

Y el penúltimo mensaje, antes del que tenía los nombres, las direcciones y los teléfonos de toda la familia. Ese decía: “No te preocupes, te vamos a ayudar. Te

vas a curar, vas a estar bien. Te queremos”.

En el comedor, mientras las hermanitas ponen la mesa en silencio, siente la mirada de la madre Ana. ¿Sabrá algo? ¿Habrà visto algo? Los papelitos los tiraba después de leerlos. Y el que tiene las direcciones estaba muy bien escondido. “Dios mío, ayudame, perdoname pero es por mi madre y por mi padre”.

La Superiora y otra hermana, mayores ya, el gesto vencido, arrastrando ese pesar se ponen de pie cuando se abre la puerta y la alfombra apaga los pasos de Monseñor hacia ellas.

—Hermanas...

Una se queda allí, la otra camina junto a Monseñor hacia la puerta que quedó abierta y luego se cierra.

—Creo que debiéramos dejarla viajar para probar su fe, para afirmar su vocación.

—Es un caso especial, muy especial... Tuvo un comienzo equivocado.

—Creo que va a querer averiguar sobre sus padres, ya tiene veinte años...

—El día que lo sepa abandona los hábitos.

—Si los abandona, es porque Dios lo quiere así.

—Que el Señor nos ayude.

—Monseñor, lo que sabe y me dijo la tía es muy grave.

—Lo sé, lo sé. Le daremos permiso para que viaje acompañada y con hábito.

Le haré una nota para que allá las reciban. Usted es responsable de su vuelta.

De regreso en el convento, después de viajar con la madre Ana y conocer a

su tío Chango y a la familia de su madre, repasa la conversación con el tío Carlos, tan preocupado y triste, seguramente porque era el único que tenía hijos. Le había dicho:

“Pasaron estas cosas entre la gente de este país, se entreveraron los sentimientos buenos con los sentimientos malos. Hubo una gran locura y una gran injusticia. Para mí, después que mataron a Sabino, tu mamá se quedó muy sola y Alberto la quiso proteger y se quedó junto a ella. Cuando a ella se la llevaron embarazada, se desesperó, la buscó y te encontró, salió a vengarse y lo mataron. Los que mataron a Sabino, a tu mamá y a Alberto, fueron los mismos. Lo del apellido mal escrito no tiene importancia hija, una ene o una ere no te cambia nada. Sí te cambia saber la verdad y curarte. ¿Viste esa imagen de Cristo que anda hasta en los almacenes y que dice ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’? Bueno, a lo mejor Dios te quiso mostrar la verdad”.

Ahora, sentada en un banco de la capilla se despide de la que fue su casa, en la que aprendió a modular su voz en esa parte del aria que ahora escucha. La nota más elevada se sostiene y cae lentamente, la voz se extiende, como si quisiera salir de la iglesia, ganar las calles, llegar donde quiera, arrodillarse ante la gente: “Jesús, que ni mis quejas ni mis lágrimas te toquen”.

—Me voy, madre.

—Que Dios te acompañe.

Le pareció que caminaba de manera extraña, hacía cuatro años que llevaba hábito, antes, hasta el 92, había vestido el uniforme de las alumnas internas del colegio; ahora tenía una falda común, una blusa y un saquito que le había

traído la tía Elsa. Junto a la imagen de San Jorge se arrodilla, abre la cartera, saca la libreta y ahí doblados están esos papeles que por fin le dieron; en uno están escritos su nombre, el de Alberto Menier y el de su madre. También figura el nombre de un sanatorio en Tigre. En el otro dice que su tutor es Jorge Menier, el tío Chango, el que ella se había dado cuenta, cuando la miró de ese modo, que no quería ni podía hablar aquella tarde ventosa, y por eso después viajó a Buenos Aires, vino al convento con el padre Juan y le dijo:

—Mijita, aunque nunca averigüé, yo siempre imaginé cómo habían sido las cosas, porque Alberto me contaba lo que quería, pero Sabino me confiaba todo. Era derecho tu padre...

—¿Y por qué usted no le dijo a la familia de mi madre dónde estaba yo?

—Porque de esa familia nunca quisimos saber más nada.

# LOS PACHOS

Era uno de esos inquietantes casos de gemelos en los que nunca se puede saber cuál es cuál. Uno se llamaba Edmundo y al otro, que tenía como nombre Francisco, desde chico lo habían apodado Pacho. No se explica muy bien por qué la gente —y hasta algunos familiares— cuando se dirigían a ellos sin poder identificarlos, nunca decían Edmundo o Francisco, siempre decían Pacho. De modo que cada vez que en la casa, en la calle o en el colegio llamaban ¡Pacho!, se daban vuelta o contestaban los dos, y si se encontraba sólo Edmundo, también respondía. Por eso les decían Los Pachos. Tenían un hermano cuatro años menor muy distinto a ellos; Tito era retraído, serio, casi malhumorado y siempre con saco y corbata. Los Pachos en cambio vestían jeans, remeras, camperas y el mismo corte de pelo. Podía suponerse que lo hacían ex profeso, que se divertían y alguna ventaja desconocida obtendrían de esa igualdad.

En el 76 a uno de los Pachos lo secuestraron y al otro no se lo vió más. Los dos desaparecieron de la casa. Nadie jamás supo por qué a ese muchacho se lo llevaron; vivían en esa casa desde que nacieron. Edmundo

había terminado el secundario, trabajaba en una casa de venta de repuestos y estudiaba derecho. Pacho también había terminado el colegio, quería ser químico pero había dado tres materias, nunca se decidía a empezar otra y trabajaba en la administración de un club donde los dos Pachos entrenaron en el equipo de basquet hasta 1974, cuando terminaron el secundario.

La noche que vinieron a buscar a uno de los Pachos y se lo llevaron cerca de las dos de la mañana, según se dijo después, en toda la cuadra no se encendió una sola luz. Apenas se vieron débilmente iluminadas, detrás de las persianas, las dos ventanas de la casa de los Pachos. En la acera frente a la casa se había estacionado una camioneta; detrás, dos autos de los que salieron dos personas que desde la vereda, con dos linternas enormes y desaforadas iluminaban de pronto una ventana de enfrente, un árbol, una puerta, una terraza, llevando de aquí para allá ese haz furioso de luz que enardeció a los perros.

Dicen que todo fue muy rápido, y que uno de los Pachos fue sacado de la casa y subido a uno de los autos que arrancó estruendosamente y se perdió en el final de la calle y que detrás se fueron la camioneta y el otro auto.

Y esa cuadra quedó así, silenciosa y oscura hasta que amaneció, se repartió el diario casa por casa y la gente empezó a salir para ir al trabajo, al colegio, a comprar algo... Un hombre llegó a la casa de los Pachos alrededor de las diez de la mañana y un rato después salió junto con los padres.

Cuando uno de los amigos del menor de los hijos se animó a cruzar la calle y llamar a la puerta, Tito salió y dijo que a Edmundo se lo habían llevado preso y que Pacho se había marchado a las cinco de la mañana.



Ese relato fue transmitido boca a boca y aunque nadie lo vio y un insomne dijo que el ruido que hacía esa puerta al cerrarse era inconfundible y a las cinco de la mañana no se había escuchado, siempre se afirmó que Francisco se fue a esa hora y que se había ido para no regresar. Hace poco volvió y nadie lo reconoció cuando caminó esas dos cuadras hasta entrar a su casa en la que desde la semana anterior, el padre había estado arreglando el jardincito y pintando la puerta. Francisco tampoco reconoció algunas casas renovadas y miró perturbado la cabeza encanecida de su padre y el temblor en la mano derecha de la madre.

El encuentro con el hermano menor fue mucho después. Tito se había casado y vivía ahora en un departamento en la calle Monroe. No obstante los anteojos y otros cambios que acompañan al tiempo que pasa, se miraron como hacía doce años. La mujer de Tito saludó y se retiró, sigilosa. Se escucharon voces de niños y una puerta se cerró.

Los dos fueron hacia el balconcito del quinto piso y se sentaron de la misma forma, con los torsos doblados y mirando el suelo. El hermano menor no habló enseguida, esperó y ese silencio marcó un espacio inmenso, un mar, una nube altísima, algo difícil de alcanzar y medir. En algún momento hablaría.

Pasó un rato y Pacho preguntó:

—¿Y vos qué hacés ahora?

—Trabajo, tomo el subte repleto, los domingos salimos con los chicos, visitamos a los viejos, leo los diarios y miro televisión como todo el mundo. Porque yo soy como todo el mundo, no como vos.

Abajo, en la calle, las persianas de los negocios al cerrarse casi estallaban como si alguien las desplomara sobre las veredas, algunas luces se apagaban, poco a poco dejaba de pasar la gente y comenzaban a escucharse con más nitidez los sonidos de todas las noches.

—¿Qué querés decir, cómo soy yo?

—Ahora no sé, hace tanto que no nos vemos... Nunca pensé que vendrías a decirnos, a explicarnos por qué te fuiste...

—Escuchame, yo no vine a explicar nada, yo me fui para que no me agarraran, hice mi vida allá y ahora vine porque pude venir. No tengo nada que explicar. No sé como decírtelo para que entiendas bien, para que te quede claro para siempre. El viejo me dijo que vos creíste todo este tiempo que se habían confundido, que me habían venido a buscar a mí y que Edmundo dijo que era yo. ¿Por qué creíste eso?

—Me pareció que era así.

—No, no fue que vinieron a buscarme a mí y se llevaron a Edmundo. No sabían a quién venían a buscar. Creían que éramos uno solo y se llevaron a ese uno solo. En cuanto escuchamos los ruidos Edmundo me dijo: andate, dejame a mí. Y después los tipos le preguntaron ¿Vos sos Pacho? y Edmundo dijo que sí.

—¿Y cuándo te fuiste vos, cómo te fuiste?

Pacho relata la noche pasada de techo en techo hasta llegar a la medianera del baldío, justo cuando el diariero esperaba la camioneta con los diarios, el recorrido dentro de la camioneta, el viaje en colectivo hasta Retiro, el amigo de Edmundo a quien llamó, el tren, todo lo que entendió de Edmundo,

de esa vida que habían hecho juntos hasta dejar el basquet y esa bifurcación después, cada uno por su lado aunque siempre dándose por aludidos los dos cuando alguien decía Pacho.

Tito no comprende, no puede seguir esa fuga por los techos que nunca imaginó, sólo recuerda haber visto la espalda de uno de los Pachos cerrando la puerta del dormitorio donde quedaban encerrados sus padres y después la cara enardecida del tipo que a él lo empujó hacia la cocina. Y cómo antes de que arrancara el auto en la calle, al salir de la cocina vio en la oscuridad que alguien trepaba la pared del fondo: después fue hacia el dormitorio de sus padres, abrió la puerta y les dijo: ya se fueron, no hay nadie.

Ahora mira el perfil del hermano y se anima:

—Me quedé yo solo con los viejos, sin tener noticias, sin saber qué hacer...

—A mí me dijeron que no tenía que escribir ni decir dónde estaba y yo cumplí.

—Pero nosotros nos quedamos solos los tres...

—Sí, ¿pero por qué creés que me querían llevar a mí y se llevaron a Edmundo?

—Porque como se fueron los dos yo nunca supe cuál se había ido y a cuál se lo habían llevado.

# EL ESCONDIDO

Aunque no vuelva a querer averiguar, ahora sí le diré cómo fueron las cosas; yo también voy a preguntarle sobre él, porque los dos tenemos que hablar de los dos. Cuando se casó aquí, en el 83, que se armó la capilla en el parque y vino a oficiar misa el cura de Pipinas, antes del atardecer y cuando ya se iba yendo la gente en sus autos, la recién casada entró a la casa a cambiarse y descansar, porque mi mujer les había preparado un cuarto; él vino y golpeó la puerta del escritorio:

—¿Puedo entrar, papá?

—Sí, pasá.

Te acordarás de que él abandonó en el 78, siendo ya guardiamarina y antes de ascender. Yo le pregunté por qué dejaba y me dijo: “quiero estudiar agronomía como el abuelo, me gusta eso”. Respeté su decisión, es más, la aprobé pensando —sin decírselo— en cómo estaba este país. No se me ocurrió que él supiera tanto de lo que estaba pasando; hoy me parece mentira que no habláramos de eso. No imaginé que, como vos me contás ahora, él hablaría con vos como si no tuviera padre, como si me tuviera miedo. Si él me hubiese

contado lo que le pasaba, que los querían complicar también a los chicos con todo eso, yo podría haberlo mandado a Europa, no sé, ya te digo, el día que me dijo que quería estudiar agronomía me pareció que lo hacía por vocación, por interés en eso. Me lo dijo de una forma que yo no sospeché nada; en ese momento pensé que era lo mejor que podía hacer, pero no le dije por qué.

No hablábamos, el problema era que no hablábamos.

Cuando el viejo murió, en noviembre del 76, fue como un relámpago, como si se hubiera abierto el cielo; mi mujer que es tan creyente, dice que un rayo partió de la mano derecha de la Virgen de la Medalla Milagrosa y me traspasó. No es que de ahí en más yo fui otro, es que pude ser más como mi padre hubiera querido que fuese.

Al viejo lo enterramos en Magdalena; cuando volvimos del cementerio me encerré en este mismo escritorio. Durante todo el velatorio y el entierro mi hermana Sara, que estaba con sus hijos porque el marido no había querido acompañarla, apenas si me miró con los ojos enrojecidos; al final se acercó, apoyó la cabeza en mi hombro y se separó rápido, como rechazándome, huyendo, sin decir una palabra. Pero mi hermana menor insistió en que el marido tenía que hablar conmigo, imagínate, gente torpe que en los entierros te viene a hablar de negocios y contratos.

Y cuando me encerré en este escritorio, miré por la ventana hacia afuera, vi este campo al caer la tarde, estos pájaros, este aire y le agradecí a mi padre muerto que me hubiera puesto en el camino esa claridad.

Ese día que mi hijo se casó aquí y llamó a la puerta del escritorio, cuando entró yo noté que estaba agrandado, no sé si porque ya era un hombre casado

o porque había tomado más de lo que acostumbraba. Ahí sentado donde estás vos me dijo: “papá, siempre quise que habláramos del accidente, ahora que yo también voy a tener hijos, quisiera saber cómo fue, porque nunca lo hablamos”. Le dije: “mirá, vos te creés que sabés más de lo que sabés y no sabés nada. El accidente fue como siempre se dijo y no voy a permitirte que dudes de la palabra de tu padre”. Me pareció que me miró medio dolido y sólo dijo: “está bien papá”.

Después que se recibió de agrónomo nunca quiso venir a trabajar al campo, estaba dedicado a la investigación y los laboratorios. Venía en los veranos y para los cumpleaños; caminaba el campo pero no como la gente de campo, no montaba, caminaba e inspeccionaba los sembradíos y los árboles. Yo ya sabía que mi hermana Sara le había comentado a mi mujer que a mí me decían “El escondido”. El que me había puesto ese apodo era el Jefe, que un día preguntó:

—¿Che, y cómo se llama la estancia esa que heredó del padre?

Se llama “La escondida”, le contestaron y él, riéndose, dijo:

—Ahora a él le vamos a decir “el escondido”.

Y yo siempre me preguntaba si mi hijo se habría enterado de ese apodo. En el 85, cuando nació mi nieto y le pusieron el nombre de mi padre, él vino aquí con su mujer y su hijo y se quedó unos días. Mirá si será terco, nunca fue achicado, fue siempre duro y directo, aunque hablara suave y respetuoso. Mirá cómo tendría esa duda ahí, que una noche de verano que estábamos en la galería tomando una cerveza me dijo: “bueno, viejo, ya es hora de que hablemos, toda esta historia ya pasó y yo ahora tengo un hijo al que quiero

hablarle algún día de su abuelo, contame lo del accidente”.

Otra vez me atacó esa cosa che, haber dedicado la vida, haber sido lo que era uno antes, llevando ese uniforme por la calle y hasta en el extranjero. No quería, no podía. Ni a mi hijo.

Dejé el vaso en la mesita y le dije: “si vos, después de tantos años todavía tenés dudas y no creés en tu padre, es mejor que no nos hablemos más. No quiero tener en mi casa a un hijo que sospecha de mí, que cree que le miento. Mejor te vas de esta casa, no aflijas a tu madre ni a tu mujer, pero andate, ya me basta con leer el diario y ver la televisión como para tener que soportar que un hijo me investigue”.

Desde que murió mi padre hasta la fecha del accidente pasaron cuatro meses, vos pensá que en esa época mi hijo todavía estaba ahí adentro, eso me tenía sujetado; mi mujer no veía la hora de que nos viniéramos al campo, ninguno de los dos decíamos por qué queríamos venir, siempre se mencionaba la salud, el aire puro, las verduras y los pollos frescos, el tráfico de Buenos Aires... pero los dos sabíamos que era por otra cosa.

El accidente fue en marzo del 77. No sé si te acordarás que ya entonces se habían conocido otros casos, creo que fueron dos o tres que después de accidentarse pidieron el retiro. Y uno quedó dudoso, el de Pancho, que se tiró de un caballo, se partió la espalda y todavía vive en silla de ruedas. Quedó dudoso porque fue después que Pancho les dijo a unos camaradas, en el Círculo: “esto no es una guerra, es un arreo para el matadero”.

Vivíamos en el departamento de la calle Lafinur y como te digo, yo ya andaba con problemas con varios camaradas. Después del accidente me

quedaron dos amigos, Pancho y vos. Los otros me enviaban invitaciones de los casamientos de los hijos para que les mandara el regalo. En el 85, cuando el juicio, para probarme, para embromarme, vinieron a pedirme que firmara una de esas cosas que escriben con las patas. La firmé igual. Total, yo ya sabía muy bien en qué andaban y cómo iban a andar.

Ahora que vos me lo contás, le voy a pedir a mi hijo que me diga cómo y quiénes fueron los que en el 78 casi lo agarran como a un pajarito y él voló de la jaula, no lo atraparon. Quiero que me lo cuente porque seguro que a él le pasó lo mismo que al padre, con la diferencia de que yo era un hombre grande y él un chico que recién empezaba a vivir. Sí, ahora que ya me queda poco resto y sobre todo por la memoria de mi padre, un día de estos me voy a Buenos Aires y le cuento a mi hijo lo que tampoco te dije nunca a vos. Aquel sábado a la noche, en el departamento de Buenos Aires, mi mujer estaba viendo televisión, llovía y él había dicho que ese fin de semana no vendría. Preparé todo en el escritorio para limpiar las armas. Ya había visto en el libro de anatomía cómo eran los huesos, los músculos, los tendones. Tenía ahí la 38 y la 32. No sabía cuál iba a usar. Pasé ensimismado como una hora, con la puerta cerrada pero sin llave. Por fin, ahí sentado, apunté justo a la raya del pantalón y gatillé.



# RECORRIDO

Cierra la puerta de la casa sin golpearla . No da un portazo porque después del diálogo por teléfono breve, casi sin palabras, algo que no sabe qué es lo impulsa a no salir violentamente. Cierra así, despacio como todos los días y sale a la calle. Un colectivo pasa rápido tocando bocina en la esquina y un auto frena. El verano abrume la tarde, el sol está ahí alto y algunos negocios del barrio con esa costumbre provinciana de cerrar al mediodía. Ahogado por el dolor, la furia. ¿Qué le pasó, cómo, dónde estará ahora, quién habrá sido? Camina hasta la avenida, la gente ignora; todos tienen cara de no comprender nada, cada uno va a donde va para hacer lo que tiene que hacer, pero nadie parece sentir hundido, quebrado el corazón. Y esos latidos y la presión en las sienes. Toma el subte, un sudor frío lo hace temblar; después va en colectivo hasta San Martín y General Paz. En el viaje piensa cómo será no ir hacia adelante, hacia el futuro; poder ir hacia atrás, estar en la semana pasada abrazándola queriéndose, corriéndola por la plaza, tapándole los ojos y preguntándole quien soy con voz de trueno y después la mano de ella tocando su mano y la alegría de mirarse. Baja del colectivo confuso, enajenado camina

hacia la casa de ella pero dos cuadras antes de llegar sale del bar de la esquina el hermano de ella. Lo toma fuerte de un brazo y dice tranquilo, esperá, no vayas, quedate conmigo, hablemos. ¿Qué le pasó?, pregunta él y el hermano de ella mira para otro lado. Vamos, te voy a contar. Ella pasaba por ahí, venía de la clase de inglés, se le había hecho tarde porque se quedó tomando un café con una compañera, las fotocopias ensangrentadas quedaron allí en la vereda y cuando mamá las fue a recoger, un cana de civil le dijo no toque nada señora, por favor, no me comprometa. Y mi vieja lloraba, era mi hijita era mi hijita, decía. Yo la llevé casi arrastrándola hasta casa, después llegó mi viejo y se quedó ahí sentado sin decir ni hacer nada, pobre viejo. Se la llevaron en auto, ni siquiera una ambulancia. Los canas tiraron desde la vereda de la casa de Cacho, de ahí se estaban llevando a dos pibes y a dos pibas, bueno, una era más grande; en ese momento Cacho salió de su casa corriendo hacia la esquina y entonces justo cuando ella doblaba los canas tiraron y ella cayó al suelo, a Cacho también le tiraron y a los dos los subieron rápido a un auto. A los otros cuatro se los llevaron en otro auto. La calle estaba desierta y todos los vecinos se habían encerrado, sólo la vieja salió a buscar las fotocopias. Como mi tío es oficial en San Martín le dijeron a mi viejo que nos iban a entregar el cuerpo esta noche. Yo sé cómo te quería, siempre estaba escribiendo tu nombre en los cuadernos. No vayas a casa porque por todas estas cuadras andan canas, ahí en el bar también, vení, hablemos de fútbol, a vos no te conocen pero a mí sí, yo estoy con un amigo, vení, te llamé por teléfono porque no quería que te enteraras por la tevé, vení porque vos también sos menor de edad y te pueden llevar. No, no, dejame. No quiere entrar al bar y sigue caminando hasta la

casa con las ventanas cerradas, va hacia la esquina y se queda parado ahí mirando la pared donde una vez la besó y le dijo nunca había querido a nadie como a vos, pienso todo el día en vos y quiero tocarte. Sigue caminando, pasa por la fiambrería, allí iban a comprar coca cola los sábados a la tarde, el invierno pasado le había regalado una boina, qué hermosa estaba. Me voy a matar, los voy a matar, que a mí también me maten. Sus pasos largos pisan las veredas, sus ojos no pueden detenerse en nada, no puede ser. ¿Dónde la tendrán cómo estará su boca que quiero besar, sus manos, dónde estoy? Ahí está la plaza, voy a sentarme tengo sed; la tarde se va lenta y cuando oscurece llora ahí doblado en el banco. Vuelve a recorrer en círculo unas cuadras, entra en ese otro bar, allí estuvieron una vez reconciliándose después de una pelea, extiende un billete y pide un vaso de soda, lo toma, sale y sigue recorriendo calles que ya no conoce. El colectivo que pasa a dos cuadras de la casa de ella está llegando, sube y ya casi es de noche; baja en esa esquina y otra vez camina dando vueltas. Por fin se acerca a la casa. Era como una rosa blanca, una nube, una música que me dejaba paralizado mirándola, no puede ser que ya no esté. El hermano dijo que murió enseguida ahí ¿qué es murió qué quiere decir muerta? Me estoy enfermando, ojalá me muera yo. La casa está silenciosa, llama y sale el hermano, no la van a traer, vino el médico a ver a la vieja, no sé si es mejor que entres o que te vayas, el viejo está destrozado, mi tía vino a quedarse pero no la vamos a poder velar. Entonces mejor me voy no quiero ver la casa adentro, estoy muy mal, ¿dónde está dónde la tienen y vos que hacés que no la vas a buscar? Vamos, vení, acompañame. No yo no voy, tengo que quedarme con los viejos, ya no se puede hacer nada, nos

dijeron que era peor traerla y velarla aquí, vení mañana a ver qué pasa. Vuelve a tomar el colectivo y mira las luces encendidas de los negocios, la gente que anda con chicos comprando helados, mañana no voy al colegio, qué le digo a los viejos, cómo les cuento; si lo dijeron en la televisión todos lo saben. Toma el último subte, va llegando a la casa. De pronto en la oscuridad ve los dos autos, qué pasa ahí en la puerta quién hay, se acerca ¿adónde vas pibe? A mi casa, al segundo piso. Vení. Lo agarran de los dos brazos, se resiste ¿pero qué pasa qué quieren? Lo hacen trastabillar de un golpe. Si tuviera un revolver, si tuviera un cuchillo. Mamá, viejo, llega a gritar. Lo arrastran hasta uno de los autos y antes de desmayarse dice: con ella, quiero estar con ella, no iba a poder vivir sin ella. Las sirenas cruzan la noche de verano.

# OFERTA

Esta es ahora la única casa de una sola planta en toda la cuadra. Hace una semana, cuando volví a entrar después de tanto tiempo, abrí la puerta, pasé al vestíbulo, me senté en esa mecedora que habían usado mi abuela y mi madre y recordé el día que se llevaron a mi hermano José y a su amigo Mario que entonces era mi novio. Mi papá, casi arrastrándome hasta el lavaderito me había dicho: no te muevas de aquí. Cuando salí del país, hace 20 años, había en esta cuadra muchas otras casas bajas, una de ellas, de una planta, era la casa del profesor de matemática, otra era la del tapicero polaco, que vendía ramitos de azahares de su limonero y mamá decía que era porque había sufrido en la guerra; la ferretería también estaba en una casa baja y en otra de dos plantas vivían, en la planta alta, Susi con sus padres y en la planta baja un matrimonio mayor con su hija divorciada y dos chiquitos que cuando me fui tendrían cinco y siete años. Una vez, para unos carnavales, Susi y yo disfrazamos a la nena de brujita y al nene de payaso. Esta calle era conocida porque los fresnos altísimos y los plátanos, en verano casi tapaban el cielo formando un túnel de sombra fresca sobre las anchas veredas y las

aceras; era un lugar ajeno a la ciudad puesto adentro de la ciudad; todavía conserva algo de ese ayer, pero en las dos veredas de la cuadra once árboles fueron derribados al construirse altos edificios de departamentos. Me dicen que algunos árboles se enfermaron, que fueron intoxicados por las cañerías de gas o fulminados por los cableados eléctricos que se instalaron en el paisaje del barrio como un pre-cielo.

La gente que ahora camina por este lugar que según me había dicho papá se puso de moda en la década del 80, parece gente distinta; también diferentes se notan los bares, los pocos negocios que quedaron, las veredas de los nuevos edificios y el aire. Hace veinte o veinticinco años hasta el invierno era dulce y protector. Ahora una frialdad de bóveda domina la cuadra, la gente no se conoce entre ella, no sabe del otro.

Si desapareciera el shopping cercano con su luces cegadoras y su aguda inquietud, miles de personas se quedarían sin saber dónde ir, qué hacer, qué poner dentro de sus días. Ni siquiera la televisión aquietaría esa desazón y rencor ante tal despojo.

La tarde que me senté en la mecedora, con el manojito de llaves en la falda, dudé antes de abrir la puerta del comedor donde mi tía había enfundado los muebles; después me animé y también entré a la salita que guarda mi piano, a los dormitorios, a la cocina tan cambiada pero aún con el viejo aparador donde yo había pegado en el interior de una puerta esa hoja de almanaque ahora descolorida del mes de mayo de 1976, miré el baño grande y el más chiquito refaccionados como me había contado mamá y por fin salí al patio abierto detrás de los ventanales de la galería; allí, en grandes macetones, dos tenaces

helechos se derramaban verdes y frondosos. Las manos de la hermana de mi madre habían cuidado esa casa durante años; dos veces por semana venía desde Caballito hasta Palermo para abrir las ventanas y regar las plantas.

En esta casa habían vivido mis abuelos paternos desde 1921 hasta 1942, después mis padres durante cincuenta años, de 1943 a 1992. Yo había vivido desde 1952 hasta 1977 y ahora volvía en 1997. Eran 76 años de la vida de mi familia en esta casa, con sus nacimientos, sus cumpleaños, sus bodas y sus muertes. Ahí, prendidos a esas paredes estábamos todos nosotros con nuestras historias movidas por eso que nos hace estar siempre, irnos, volver, quedarnos. Eso que nunca sabemos si somos nosotros o es el ocurrir de las cosas.

Volví esta tarde otra vez, después de una semana, para ver a Susi y hablar con ella. En el momento en que iba hacia el lavaderito escuché el timbre.

Durante esos largos años que viví en Italia, mamá y papá fueron a verme dos veces, la última hace seis años; yo nunca pude venir, ni cuando murieron mis padres hace cuatro años, uno después del otro. Al principio nos carteamos con Susi y hasta nos enviamos fotos, después yo me casé, me mudé a Pavía y mi vida se desconectó de la Argentina, aunque recibiéramos noticias que parecían congelar los gestos y más tarde tenían un curso secreto y mudo. Cuando nos mandaron el libro donde leí el nombre de mi hermano desaparecido, varios días pensé en él intensamente, lo veía y lo escuchaba repetir, sin enojo, entre divertido y escéptico: “este país no tiene arreglo”.

Abrí la puerta y Susi entró con gesto decidido, como si llegara con un

cometido urgente, me abrazó con naturalidad, las dos nos dijimos qué bien estás y nos sentamos dispuestas a charlar.

Me contó que su madre había muerto el año pasado y que el padre vivía con ella y todavía trabajaba en la inmobiliaria; casada en el 78 y divorciada en el 81, se volvió a casar y ahora tenía un hijo de 16 años del segundo matrimonio. Las dos nos interrumpíamos atolondradas, salíamos de una pregunta y entrábamos a un comentario sin sentido (“Me quebré esta uña hoy a la mañana”), yo le conté algo de mí, describí mi casa en Italia y le mostré fotos de mis hijos. Pero ella quería hablar de la oferta, en cuanto la llamé por teléfono me habló de esa oferta y entonces insistió:

—Mirá, es una oferta única, porque como es pulmón de manzana, ¿vos te vas a volver pronto? Si tus chicos ya están instalados allá, tenés que pensar en eso, tu tía ya es mayor... tener una casa aquí... ¿para qué?, ¿no?. Cuando me llamaste, yo pensé enseguida que habías venido por la oferta. Aunque fuera a quinientos dólares el metro cuadrado es mucha plata, si querés tener una renta aquí, con eso podés comprar tres, cuatro o más departamentos... Ahora éste barrio se ha valorizado mucho. El metro cuadrado construido...

—Decime, ¿está todavía el barcito de Soler? Podemos ir a tomar un café ahí, como antes.

—No, el de Soler no está más desde hace años, pero hay otro nuevo aquí en la esquina.

En la confitería de la esquina, animada por engañosas plantas verdes de plástico, Susi puso un teléfono celular sobre la mesa y comenzó a decir:

—Y está el subte aquí cerca y se llega al centro en quince minutos, eso



vale.

La tarde se iba y los negocios encendían sus luces, algo de mi infancia estaba ahí al doblar la esquina, donde reconocía la farmacia que no había visto antes y esa cara envejecida que sí, era quien me ponía las inyecciones, era quien le tomaba la presión a mi abuela, sí.

—Y si querés le hacés un poder a papá que va a defender tus intereses como si fueras su hija... porque tu tía ya está tan viejita...

Me sentía como cuando era chica y mamá descubría en una calle asfaltada los rastros de las vías de un tranvía que hacía años ya no pasaba por allí; ella se quedaba ahí mirando seguramente el pasado, porque ahora yo estaba viendo, desde el ventanal de la confitería, allá, al comenzar la otra cuadra, una parte del frente, los escalones y arriba, el mástil con la bandera desgastada de la escuela.

—Son más de doce metros de frente, porque es importante el frente por los garajes...

—Susi...

—Yo que vos ni lo pensaría...

—Susi, yo vine a quedarme, a vivir en mi casa y en este país que no tiene arreglo.

# MUEBLE ANTI GUO

Se acercó, apoyó una mano en el mármol rosado y me miró:

—Mirá vos, pensé que no lo vería más.

Volvía por segunda vez y creía que para siempre. La primera vez Ana llegó después de ocho años de exilio y al principio la impulsó una euforia sostenida que alguien denominó reparación. Era el 85 y Ana decía, mientras cruzábamos la avenida 9 de Julio: “mirá este atardecer, mirá. ¿Vos creés que la gente se da cuenta? Mirá los capiteles en ese edificio, aquellas cúpulas, esos árboles. ¿Vos creés que los miran? No, no miran ni quieren lo suyo”.

En ese febril y obstinado empeño por recuperar un espacio que más que perdido, sentía cedido, se empecinaba en destacar lo poco que valorábamos nuestro país; el error de la crítica permanente, el humor ácido y destructivo. Era capaz de elevar la voz, de pronto, en un café o una reunión y discutir hasta parecer enajenada y hasta dar pena.

Una mañana, en su recorrida vertiginosa por la calle Rivadavia buscando sillas para su nueva casa, la sacudió el insólito descubrimiento de un mueble suyo, que había sido antes de sus abuelos; era un aparador de alzada que

yo había visto y elogiado en su casa de Colegiales, antes de que una noche entrara gente a encapucharlos, vaciarles la casa, robarles el auto del garaje, golpearlos, tenerlos tirados en celdas separadas dos semanas y arrojarlos en una banquina, cerca de la casa del amigo que había logrado que los largaran en medio de la avenida General Paz.

Ana vio ese mueble y a partir de allí sólo pensó en recuperarlo. El raro hallazgo la empujó como un vendaval. Recuerdo que cuando me contó cómo lo había encontrado, me impresionó la historia del mueble como una cosa viva, a la que atribuí sentimientos y acaso capacidad de observación; no le di importancia al fastidio de ella porque el marido le había dicho: “¿Pero para qué, me querés decir para qué sirve? No es indispensable”. Ana contestó que para ella lo era, que era un mueble de familia y por eso quería recuperarlo. El marido, que se había vuelto de espaldas para no mirarla o para que ella no lo mirara, dijo en voz baja: “No quiero ese mueble en casa, no lo quiero ver”.

Cuando me contó que lo había encontrado le pregunté: “Che, ¿pero y cómo fue... vos entraste ahí y lo viste ... y le dijiste al tipo que había sido tuyo?”

“Ni loca”, dijo. Y siguió describiendo estrategias para impedir que quien lo exhibía en ese negocio vendiera el mueble antiguo a otra persona. Una de las estrategias de Ana fue decirle al vendedor que ella iba a llevar a un experto que aplicaba un aparatito al mueble y si sonaba una chicharra era porque el mueble estaba invadido por las polillas y que si la chicharra sonaba dos veces era porque ya había huevos y gusanos. En ese momento pensé que debía estar alterada, era imposible no enloquecer a causa de ese mueble que en su embelesado regreso a la patria, de pronto le tiraba encima toda una historia

de espanto.

Pero Ana no quería hablar, ni de cómo le habían robado el mueble, ni de cómo había llegado a ese negocio, ni del motivo por el cual se había ido del país. Lo único que quería era tenerlo y lo obtuvo.

En esos tres años nos llamamos por teléfono y nos vimos varias veces; trabajaba en un lugar que no le agradaba (“provisoriamente”, decía), contaba de sus hijos más o menos lo mismo que yo de los míos. “Mirá lo que se le ocurre: una batería”. “Qué van estudiar si los profesores faltan porque no les pagan”. “Sí, sale con una chica punk, pero es buena”. Y hablamos de nosotras: “No dejes de ver Maestro de Música”. “Ahora compramos un solo diario”. “Una se aísla y los fines de semana con eso de alquilar videos...”.

Nunca volvimos a referirnos a cómo, a por qué los habían secuestrado, nunca mencionó nada de la época anterior a que los secuestraran, cuando éramos tan jóvenes. Una tarde otoñal del 88 me fue a buscar al trabajo, fuimos a un bar cerca de Plaza de Mayo y casi no pudimos hablar por el ruido de los bombos y los altoparlantes de una manifestación; allí me mostró una foto de su hija que acababa de cumplir 15 años y estaba apoyada junto al mueble antiguo. Después desplomó sobre mi una avalancha de quejas y rencores.

Volvió a levantar su segunda casa en noviembre del 88, cuando también creyó irse con su familia para no volver jamás, cuando la arrasó el rencor porque ni ella ni el marido habían logrado ser reincorporados en el instituto donde trabajaron desde el 70 hasta el 76 y porque todo les salía mal. Cosa que intentaban se frustraba, cosa que lograban inexplicablemente se interrumpía.

Yo sabía que últimamente ella decía a quien quisiera oírlo y a quienes

permanecían mirando para otro lado, que aquí nadie quería nada ni a nadie. Que el país moriría carcomido por la indiferencia y la cobardía. Que en el Instituto todavía estaba allí, agazapada, gente de la dictadura militar, que se movían prudentes pero activos, viendo dónde entrar, qué interrumpir, vigilando las fotocopiadoras y los llamados telefónicos.

Poco antes de irse la encontré en Aráoz y Arenales y le conté que me había mudado hacía un mes. Me miró como desde el fondo de algo perdido y me dijo: “Me harté de llamarte al otro número y daba siempre ocupado, quería despedirme, nos vamos la semana que viene, Jorge tiene una oferta en Canadá, y nos vamos ahora o nunca...”

Hablamos ahí, en una de las vencidas calles de Buenos Aires:

—¿Y los chicos ... ?

—Vienen con nosotros.

—¿Y tus padres ?

—Mamá no lo tomó muy bien, pero ya vendremos alguna vez...

—¿Y qué vas a hacer con el mueble de tu abuela ?

—No me hagas reír, se lo vendí al mismo tipo que me lo vendió...

—¿Cuánto te pagó ?

—Menos, como siempre.

—Si hubiera sabido, te lo compraba.

—¿Sí?... No se me ocurrió.

—Era lindo... y tenía parte de tu historia.

—Sí, una historia de mierda.

—Es nuestra historia.

—Decímelo a mí...

Caminamos hasta el subte de Bulnes, le di mi nueva dirección, mi teléfono, nos acercamos una a la otra en rápidos y perturbados besos y nos prometimos escribirnos. Como si fuera hoy recuerdo que esa tarde, en el subte, había dos chicos harapientos vendiendo estampitas, uno tenía una mochila maltratada y sucia con una calcomanía rota y despegada en la que se leía: ARGE T QUIE.

Ahora sí Ana parece haber vuelto para siempre. Las dos creemos estar para siempre donde estamos, las dos sabemos por qué nos fuimos o nos quedamos. Con pudor, casi como una niña avergonzada, murmura:

—No, cómo me lo vas a dar, además no sé si tengo lugar, tenelo vos.

—No, te lo mando a tu casa el sábado, no seas tonta, te dije hace años que ese mueble era parte de tu historia.

Salimos, vamos a ver la película “Antes de la lluvia”, tomamos el subte, bajamos en Diagonal Norte, caminamos hacia Lavalle y Ana pregunta:

—¿Te diste cuenta de que ahora aquí Coca se escribe Coke?

—Hace mucho de eso.

# CAPÍTULO IGNORADO

Se mete en la soledad que penetra y arrincona las noches de invierno en las estaciones del ferrocarril, cuando pasan los últimos trenes, cierran los quioscos y siempre hay un foco que se enciende y se apaga, una luz escasa y temblorosa porque el viento mueve hasta las cosas inmóviles y fijas desde siempre. Ignora el recorrido de ese tren que espera, nunca fue a esa casa donde ahora lo aguardan personas que apenas recuerda y a quienes les lleva un sobre con cartas y fotos de su amigo Martín. Desde que llegó para asistir a la muerte y entierro de su madre, la ciudad le impuso visitas, encuentros con familiares y amigos a los que ha dejado de conocer algo; esa sensación de no pertenecer, de haber perdido la manera de moverse y estar. Hay hábitos que vuelven a fluir y otros que no tienen lugar aquí; es una inestabilidad de pasos y sentimientos hacia atrás y hacia ahora, un andar interrumpido e impreciso. No existe ya lo conocido y previsible porque no se trata sólo de que haya pasado el tiempo, además, algo se ha roto aquí para siempre.

En uno de los pocos bares del centro que está ahora como era hace veinte años, el diálogo con su viejo amigo le mostró esa herida cerrada y abierta, ese

recuerdo empujado hacia el olvido y vuelto a brotar, alojado en inagotable rigor:

—A Marta la fueron a buscar primero que a Martín y ella no estaba en la casa, por eso se llevaron a los padres y después la buscaron a ella, y no fueron los tíos quienes la sacaron del país, no podían hacerlo.

—Eso no importa ahora.

—No estoy seguro de que no importe.

—¿Qué querés decir?

—Que todo lo que pasó importa.

Martín había vuelto hacía años, cuando no debía volver y no cabía esa enajenación, esa fuerza que abría las puertas, sacudía los papeles, las maletas, las camisas arrugadas. Pero había vuelto porque tenía que volver y estar. Volver y seguir, volver y golpear de nuevo, volver y poner los pies en esta ciudad demente y controlada, multitudinaria y vacía, castigada y sorda. También volver a estar con Marta y desaparecer nunca se supo cómo ni de dónde.

En cambio él se había quedado allá con Chela, creyendo iniciar junto a la hermana de Martín algo que continuara, que no fuera bruscamente detenido o acosado por alarmas, pasos atropellados en las veredas, golpes y sonidos paralizantes. Y con la amargura, el rencor por aquel fervor aplastado. Después se separaron, Chela volvió aquí y él terminó aceptando que lo que se comienza puede tener un final no previsto y que cambiar es siempre terminar con algo de uno.

El tren pasa junto a paredones estáticos, espaldas de talleres inmóviles,



fábricas derruidas, galpones oxidados, restos de lo que fueron vigorosos barrios ahora devastados; después se detiene en las estaciones donde alguien baja y se pierde y más allá siempre algún cartel luminoso de un bar, una pizzería. La lluvia deja de golpear los vidrios de la ventanilla y otra vez el recorrido sobre las vías, al costado de esas murallas donde detrás hay gente que vive así.

Mientras se quita el impermeable mira la foto sobre el aparador.

—Sentate, sentate.

Entrega el sobre y el padre de Martín, apresurado, lo toma. La madre mira el sobre. El padre cuenta:

—... Fueron meses y meses, preguntando, buscando, era difícil entonces, ahora las cosas son distintas. Tampoco supimos nada de Marta después que los padres murieron. Nos dijeron que estaba en Europa hace unos años, pero nunca tuvimos noticias de ella.

Percibe lo que el padre de Martín no dice, lo que tal vez terminará callando o comentando como un dato contenido y luego expulsado por su propia presión. Se queda callado, mira otra vez la foto sobre el aparador y vuelve a ver, como otra foto superpuesta, el gesto sorprendido de Marta. El sí la había visto en aquel aeropuerto, sus ojos lo miraron y su boca se abrió apenas, como queriendo decir algo. Se quedó casi paralizada y después se acercó a él.

Ese encuentro lo había perturbado mucho tiempo, persiguiéndolo por todo lo que no habían podido hablar, todo lo que quedó ahí trabado.

Las manos cruzadas en la falda, la mirada ávida, la madre mira y escucha decir al padre:

—Martín nos vino a ver una vez y después nos llamó dos veces. Pasó el tiempo y no tuvimos más noticias. Nosotros todavía teníamos la duda y cuando Chela volvió... nos dijo que algunos amigos comentaban que cuando estuvo detenida, Marta había dicho dónde estaba Martín...

La madre interviene, los ojos repentinamente animados:

—Chela se volvió a casar, ¿sabías?

—Sí.

El sobre con papeles, fotos, cartas, queda sobre la mesita. La madre contiene un bostezo, muestra otras fotos de sus nietos, los hijos de Chela, habla del jardín de infantes que tiene Chela, el marido farmacéutico, cómo se repuso y está madura ahora, tranquila, responsable.

—Claro, claro.

En el aeropuerto Marta preguntó con la mirada vacía, sin pena ni dureza.

—¿Sabés lo que pasó en mi casa? ¿Sabés que a mis padres los arrastraron por la escalera y que después murieron? ¿Te lo dijeron?

—Mirá, yo...

—Sí, yo sabía que vos no habías vuelto más.

—Escuchame

—Tengo que irme.

La vio caminar apresurada hacia el embarque, iba en ese vuelo, entonces tal vez viajaba hacia allí... ¿viviría allí?

Días, meses recordando esas palabras y la amarga forma de no decir y dejar brotar palabras que sólo pronuncian los atravesados por un pesar sin final.

En ese sobre que permanece ahí, que ha sido desplazado por las cosas del presente, hay dos fotos de Marta y Martín en una calle de otro país, cartas, telegramas que ellos se enviaron antes del regreso de Martín y del empeñamiento de Marta por lograr que volviera.

En el porche de la casa se despide, ha dejado de llover, ya no hay trenes a esa hora y se trepa a un colectivo casi vacío. Durante el viaje piensa en ese pedazo de historia desconocida, ese capítulo ignorado y que él se lleva, en Marta que lo espera allá, tan lejos, con su cuerpo todavía hermoso cruzado por cinco cicatrices, su imposibilidad de tener hijos después de tanta tortura y ese amor protección que surgió entre ellos cuando él se empeñó en buscarla y encontrarla, esa ternura como un tardío consuelo, como haber arribado por fin a un lugar después de un largo andar desarraigado, incierto.

# Por LA Ventana

Al principio María no podía dejar de pensar en la película “La ventana indiscreta”. Tenía una pierna enyesada y ante sí un ventanal. Pero este ventanal daba a la calle Salguero, no a un patio con senderos y jardín en el cual confluían porches o escaleras de distintas viviendas y por los cuales entraban y salían todos los vecinos, como recordaba que era la ventana desde la cual James Steward había descubierto un crimen.

Por el ventanal de este sexto piso, María pudo ver —sin necesidad de binocular y después con binocular— varias situaciones ocurridas en el quinto piso de la casa de enfrente. Entonces era primavera y por las noches se podía observar mejor. Y era también cuando —curiosamente— ocurría todo.

Para espiar, María aguardaba a que su marido, su hija y su madre, quien estaba viviendo con ellos hasta que a ella le quitaran el yeso, no estuvieran cerca o durmieran.

Desde que había tenido el accidente y le enyesaron la pierna, la casa estaba alterada; tuvieron que instalar una cama ortopédica en el living y desde allí ella miraba y miraba, cada día más atraída y ávida; como si ese observar

se hubiera instalado en su vida como un objetivo dinámico dentro de su inmovilidad.

Lo primero que vio de día fue que a veces una chica limpiaba los vidrios y el balcón al que daban una puerta de un living y otra puerta de un dormitorio con cama de dos plazas. También se podía observar algo mirando una ventana del departamento que también daba al balcón.

La noche que María miró detenidamente cómo era ese departamento por dentro, vio un living y un comedor iluminados, una mesa puesta y seis personas comiendo. Aparentemente madre, padre y cuatro hijos. Más tarde, en ese rito común en tantas casas, todos se sentaban en el living y miraban televisión hasta las once, doce de la noche. La que apagaba las luces del living era la madre, a veces en deshabillé. Y la ventana que daba al balcón solía permanecer iluminada hasta mucho más tarde, con la persiana apenas levantada.

La segunda vez observó algo que la intrigó, fue cuando una noche la señora —a quien María después reconoció por haberla visto en la peluquería de Julián Alvarez— salió apurada, se asomó al balcón y miró hacia abajo.

Con gran esfuerzo, María pudo ver cómo uno de los muchachos que solía estar en el living de la casa espiada caminaba hacia la avenida Santa Fe sin mirar hacia arriba, donde la señora levantó el brazo derecho y movió la mano en un gesto vago de despedida. Luego el señor salió al balcón y la tomó de un brazo casi obligándola a entrar. Lo que asombró a María fue que la señora se resistiera con empeñamiento y volviera a salir al balcón a mirar hacia abajo, hacia la calle donde su hijo se alejaba rápido. A la mañana siguiente

María pidió a su madre que le buscara el binocular para ver unos pájaros que anidaban en un árbol.

La tercera vez, la escena observada transcurrió en el cuarto con la ventana que daba al balcón, donde dos chicas iban y venían de un lado a otro con ropas que arrojaban dentro de una valija que estaba sobre una cama y más tarde desapareció de su vista. Llovía y el agua empañaba los vidrios de la ventana, pero María pudo seguir con el binocular cómo el padre entraba al cuarto y zamarreaba a una de las chicas, quien se sentó en una de las dos camas y pareció llorar. La otra le acarició la cabeza, después cerró la puerta y sacó un afiche que estaba adherido a la puerta del lado de adentro del cuarto.

Días más tarde, María pudo ver que no siempre se reunían por la noche a comer, y cuando lo hacían estaban sólo los padres y una de las hijas. Los dos hijos varones y la otra hija hacía semanas que no se veían. Tampoco se veía a la persona que solía limpiar la casa.

María no comentaba con nadie su curiosidad por lo que ocurría en esa casa, saber lo que se vivía allí era ya una obsesión para ella; cuando de tarde en tarde venía a visitarla alguna amiga o pariente, no veía la hora de que la dejaran sola; llegó a decirle a una compañera de trabajo que un atardecer vino a verla:

—Mirá, me estoy quedando dormida, disculpame.

Y como el televisor estaba en el cuarto de ella y su marido, muchas tardes, cuando la hija volvía del colegio le decía:

—Andá a ver televisión con la abuela.

Una tarde que imprevistamente su traumatólogo vino a verla (María se

molestó porque su madre no le avisó que el médico había llamado para avisar que vendría) al mover la almohada apareció el binocular. La turbación de María, advertida por el médico, justificó el comentario:

—Hay muchos pacientes que se entretienen mirando.

—Yo estudio los nidos de los pájaros.

—Asegúrese que no la estén mirando a usted.

La casi amenazante frase la paralizó, pero dos días después, cuando el marido de María hizo un viaje a Entre Ríos, ella dispuso de mayor libertad para mirar. Fue cuando algo la despertó en medio de la noche y una alarma que luego no pudo explicarse la llevó a mirar hacia la casa de enfrente. Vio que en el living apenas iluminado, dos hombres jóvenes hablaban con los padres y luego salían con la hija. María enfocó la puerta del edificio y enseguida vio que la chica y los dos señores entraban en un auto. En el departamento de enfrente no se apagaban las luces y esa madre y ese padre caminaban y se cruzaban en el departamento como si no se conocieran y de pronto se abrazaban.

Entonces sonó el timbre del teléfono a esa hora inusual. María atendió, dijo:

“Hola” y una burlona voz de hombre le preguntó: “¿Qué tal? ¿Qué estabas haciendo?”. María colgó sin contestar, aterrada. Pensó en las palabras de su traumatólogo, se preguntó si su madre no habría comentado con alguien que ella observaba los nidos de los pájaros, también recordó la vez que su fisioterapeuta vio el binocular y preguntó:

—¿Es para el teatro?

Y ella contestó:

—No, para ver el cielo.

Al otro día pidió que bajaran la persiana de su living y con una lima agrandó la rendija de la persiana entre tabla y tabla y apoyó el binocular. Vio entonces que todas las persianas del departamento de enfrente estaban cerradas. No había más nada que mirar allí.

Tal vez no habría nadie ya; en un mes ese departamento había quedado vacío.

Cuando le sacaron el yeso y tuvo que caminar un tiempo con muletas, una tarde María bajó a esperar el transporte escolar que traía a su hija de regreso del colegio. Pensó en preguntar al portero de su edificio si sabía algo del departamento de enfrente, si estaba desocupado. Miró la carita sonriente de su hija que se acercaba y pensó: No. Mejor no pregunto nada.



# LA AU<sub>se</sub>ENTE

Esta vez iba decidida, después de imaginar varios pretextos como devolver un libro y tal vez así poder entrar al cuarto de Tina y ver si descubría algo cambiado allí, en su escritorio, en las paredes, si la presencia o ausencia de algo podía atribuirse a un viaje (ella siempre hablaba de soñados viajes a Grecia, a los Alpes Bávaros); también pensé en llevar unas fotos que nos habíamos tomado en el Tigre y dárselas a la madre, o preguntarle al hermano si por fin ella se había anotado en el curso de verano de italiano, porque Tina me había comentado que el hermano también haría ese curso. Otra opción era pedirles un apunte aduciendo necesitarlo o reclamar un disco de Frescobaldi que le había prestado a Tina antes del verano.

Hacia tres meses que no la veía ni tenía noticias de ella, desde diciembre del 76, cuando yo viajé a Mendoza y desde allí la llamé el 31 para desearle feliz año. Cuando volví en febrero, llamé por teléfono varias veces a su casa y siempre recibí como respuesta lacónicos “no está”, “no, no sabemos”. La noche que a propósito llamé a las once de la noche para

saber si estaba o qué me dirían a esa hora, la madre murmuró en voz muy baja: “estábamos durmiendo, no, no está, no está, querida, no llames a esta hora...”

¿Por qué se había distanciado, por qué no me había llamado, qué nos estaba separando? Si no estaba en la casa, ¿dónde estaba? Todo el secundario, estos dos primeros años de la facu, los cumpleaños en su casa o en la mía...

Una mañana de principios de marzo, mi cuñado me llevó en auto hasta dos cuadras antes de la casa de Tina y se quedó en un bar cercano esperándome. Al llegar frente la puertita de hierro, la empujé y caminé por el sendero de baldosas amarillas a cuyos costados el jardín parecía descuidado; ya ante la puerta principal, reparé en las persianas cerradas y toqué el timbre. En el fondo, el perro de la casa vecina ladró y creí escuchar un sonido de tazas o lozas en la cocina; después silencio y otra vez golpeé la puerta con los nudillos y esta vez el perro ladró más inquieto. Tuve miedo, sentí algo pavoroso frente a esa puerta y me fui; cuando comenté a mi cuñado que tampoco del hermano me habían dado noticias y que yo de pronto había sentido un raro temor, me dijo: “no vengas más a esta casa, no preguntes más por Tina, olvidate”. Me quedé en silencio, pensando en por qué mi cuñado me sugería no averiguar dónde estaba Tina y me pregunté por qué yo no lograba hablar del tema de otra forma, encararlo con otra actitud. Por ejemplo, por qué no me había animado a ser más directa con su familia, decir, por ejemplo: “¿Desde cuándo no la ven?” “¿Dónde suponen que puede estar?”. Había alrededor de Tina un

muro, una cosa enorme y pesada o un abismo al que temía asomarme.

Pero dos semanas después volví a llamar por teléfono porque necesitaba confirmar si, como me pareció aquella tarde, ya no vivía nadie en esa casa. Me atendió el padre y cuando nuevamente pregunte por Tina fingiendo otra voz y escuché el extraño: “no, está de viaje...”, decidí ir otra vez a su casa.

Me habían dicho que tomando el subte y después el colectivo se llegaba más rápido, pero prefería ir en tren y desde la estación caminar cuatro cuadras, porque así lo habíamos hecho la primera vez que Tina me invitó a su casa.

Ahora estaba decidida, caminé esas cuadras y me rodeó la quietud de las casas bajas, las calles arboladas sin tránsito, los chicos andando en bicicleta o patines, los jardines recién regados al atardecer, esa frescura y mansedumbre tan distintas a mi barrio céntrico y ruidoso. Abrió la puerta el hermanito menor, después se asomó la madre. Su mirada había cambiado, su andar, la manera de hablar. Había algo borroso y remoto en sus gestos; se acercó, me besó la mejilla y dijo: “yo sabía que ibas a volver”.

“Vine hace unos días, pero no había nadie”, dije, y pasé a la sala donde Tina y yo solíamos estudiar; la madre se sentó lejos, el padre apareció con un diario en la mano que luego dejó sobre una mesa y cuando se sentó me pareció que se desplomaba en el sillón; me miraban no con frialdad, sino ausentes, como si estuvieran bajo el efecto de algún medicamento que los mantenía relajados pero distantes; cuando les pregunté por qué no me decían nada de Tina no hablaron, escuché sus voces apagadas diciendo

que había viajado y que sólo los había llamado una vez; el padre agregó: “nunca le gustó este país, siempre quiso irse”. La madre repitió: “siempre quiso irse”. La tía trajo una bandejita con un café (“nosotros no tomamos, nos cae mal”) y apenas contestó cuando la saludé. Pregunté entonces por Miguel, el hermano de Tina. El padre y la madre hablaron a la vez, atropellándose; luego se miraron, mudos, para después decir ella: “viajó a Europa, por un trabajo”. El padre repitió: “por un trabajo”. El hermanito de Tina no apareció más, pero la tía se sentó junto a la madre, y sus caras y sus miradas detenidas en mí pero sin mirarme eran como una reja, como una red metálica que nos separaba e impedía el diálogo o cualquier espontaneidad. Comenté que probablemente Tina estuviera muy ocupada y por eso no me escribía y otra vez el padre y la madre comenzaron a hablar a la vez y dijeron: “sí, claro, está ocupada”.

Se estaba haciendo de noche, abrí mi cartera y dije: “les voy a dejar mi teléfono por si no lo tienen”. Inmediatamente la madre dijo: “sí, lo tenemos, quedate tranquila, lo tenemos”.

Hice un esfuerzo enorme, un esfuerzo físico porque me dolió la espalda y respiraba con dificultad en el momento que pedí: “¿podrían darme la dirección, para escribirle?”. “No la sabemos, ahora se mudó”, dijo la madre. El padre agregó: “hace poco se mudó”.

Nuevamente sentí el malestar, casi temor por ese tratamiento extraño, saludé y me fui caminando lentamente, mirando el suelo, apenada, confundida, imaginando que tal vez la familia de Tina pensaba que yo era culpable de algo, que tenía algo que ver con la ausencia de Tina, o que tal

vez sabía algo e iba allí para simular no saber nada de ella; pero que me habían perdonado y por eso habían decidido recibirme en la casa.

También se me ocurrió que necesitaban cerrar la historia conmigo, (“quedate tranquila”) para que no preguntara más .

Al llegar a casa comenté a mi hermano la visita a la casa de Tina, se quedó un rato en silencio y me pareció que me miraba como si fuera una criatura, después dijo: “bueno, bueno, espero que ya no preguntes más por Tina, la familia no podía decirte que se casó con un milico”.

# SACa<sup>m</sup>E

Entraron a la imprenta empujando a golpes la puertita de la cortina metálica, embravecidos y mirando todo como si no supieran para dónde ir; parecían caballos desbocados; todos apuntaban con las armas y las movían recorriendo una línea que subía y bajaba, subía y bajaba, como la guarda en V de un volante que le hicimos a la casa de comidas para llevar. Uno, ya mayor, gordo y sofocado, fue hasta el fondo del taller y se quedó parado contra la pared. En esa misma pared, arriba, el reloj marcaba la una y cuarto de la mañana. Eran cinco. Las máquinas seguían funcionando y el ruido casi tapaba las voces. El que había entrado a la oficinita vidriada abrió, revisó y golpeó los cajones del escritorio, tiró al suelo unas carpetas y mandó al diablo la funda que tapaba la máquina de escribir, después salió y cuando se fue acercando nos miramos.

—Toto...

—Yuyo...

Hacía como quince años, habíamos ido a Mar del Plata acompañando al padre del Toto que manejaba un camión con acoplado cargado de botellas

de cerveza. En la playa habían puesto la bandera que prohibía meterse en el mar pero igual nos tiramos porque al día siguiente volvíamos a Buenos Aires en el camión del padre del Toto. Era la primera vez que nos metíamos en el mar, nunca lo habíamos visto, gritábamos como locos y las olas nos tapaban, nos traían y nos llevaban; el Toto desapareció de mi vista, se lo tragó el mar pensé, empiezo a gritar y de pronto veo el brazo levantado y doy una patada en el agua y empujo con todo y aparezco cerca y veo que saca la cabeza y me mira: Sacáme, Yuyo, ayudame... Lo agarro fuerte y otra patada y lo arranco de la ola que lo quería tragar, lo arrastro hasta la arena y nos tiramos ahí.

Ahora no podía dejar de mirar el arma en la mano del Toto, apuntando a la altura de mi estómago. Otra vez nos miramos un momento que fue muy corto y a mí me pareció un año (Sacame, Yuyo, ayudame), él con el arma y yo con el mameluco y las manos manchadas de tinta.

—Estamos haciendo los almanaques del año que viene.

—Callate, carajo, contra la pared.

Era octubre de 1976 y teníamos diez años más que en la época del secundario y del club de Villa Pueyrredón. Cuando en el 73 murió mi viejo y la madre de él vino al velatorio, le pregunté por el Toto y ella dijo como si quisiera tranquilizarme:

—Ahí anda, bien, como siempre, bien.

A mí me habían contado que después de la conscripción se había quedado enganchado. Yo siempre le decía a mi señora que la conscripción desparramó a toda la barra. A veces me cuentan de tipos, gente mayor ya, que se encuentran a comer todos los años para acordarse de la conscripción y se

divierten. Para el grupo nuestro, que veníamos de distintos clubes, algunos del colegio industrial, del mismo barrio, de barrios que ni conocíamos y de las provincias, la conscripción fue como cuando estalla contra el piso algo de vidrio y los pedazos van a parar a cualquier parte. De la barra nuestra, después que hicimos la colimba, alguno siguió estudiando, otros empezaron a trabajar, tres o cuatro se mudaron y de los ocho o nueve que éramos, quedábamos tres en el barrio: Fito, mi hermano Daniel y yo, que me puse a trabajar en la imprenta de mi viejo porque él ya andaba mal y mi hermano me dijo que teníamos que seguir con la imprenta.

Estaban todos de civil y el Toto era el que mandaba. Se movían furiosos, agitados, desparramaban las pilas de impresos y los paquetes que había estado atando el pibe Marcos, que cuando vino de la cocinita por el pasillo y apareció en el fondo, uno de los tipos le agarró el mate que traía y lo tiró al suelo. La marca de la yerba que salpicó la pared todavía está ahí. Teníamos que entregar ese trabajo el lunes 1 de noviembre y habíamos decidido trabajar hasta las dos o tres de la mañana de ese viernes 29 de octubre para no tener que trabajar el sábado. Mi hermano Daniel había dicho: si nos quedamos hasta las tres se seca todo y se hacen los paquetes.

Mi hermano tenía la cara colorada y los ojos brillantes, como se ponía mi viejo cuando tenía alguna bronca y no podía explotar; lo habían dejado contra la pared izquierda, junto a la máquina, con las manos cruzadas en la nuca y las piernas abiertas, yo también estaba así pero en la pared derecha. Nos gritaron que nos pusiéramos de cara a la pared y después de sacar algo de guita que había en la caja (poca), agarraron la radio portátil y la calculadora.



Uno de los tipos se acercó a mi hermano, le ató las manos mientras otro lo apuntaba, le puso una remera alrededor de la cabeza para tapanle la cara y empezó a empujarlo hacia la puerta. El que lo apuntaba se prendió a un brazo de mi hermano y empezaron a salir por la puertita de la cortina metálica, me dio risa ver al más gordo agacharse con dificultad y pensé: este no aguanta ni diez minutos de un primer tiempo, hay que mandarlo al arco. Vi que el Toto revisaba el saco de mi hermano que estaba colgado en una silla de la oficina; sacaba la billetera, una lapicera y papeles. Después se dio vuelta hacia donde estaba yo, me volvió a mirar como cuando entró. (Sacame Yuyo, ayudame) y le dijo a otro de los tipos que se había quedado apuntando: vamos, a éste lo dejamos por pelotudo.

Después que salieron fui rápido a ver cómo se llevaban a mi hermano. Dos autos ya habían arrancado cuando me asomé por la puertita, no tenían patente y además estaba todo muy oscuro. Fue así, no hubo ni un grito, ni un tiro, solamente la furia de ellos cuando tiraban y desparramaban todo. Con el pibe Marcos nos quedamos hasta las tres ordenando todo. Trabajamos todo el sábado y el domingo para entregar ese trabajo el lunes 1 de noviembre. Al pibe lo miré serio: de esto no hablás con nadie, ni con tu madre, porque si hablás van a tu casa y te llevan a vos. Y la camioneta la guardamos en el garage del Tano, el cuñado de Hugo.

A las mujeres —mi vieja, la mujer de mi hermano, mi señora y mi hermana— les dije más o menos lo mismo y agregué: yo me encargo de esto, si quieren que vuelva, no hablen.

No hice la denuncia, no fui a la comisaría. El sábado siguiente aparecí

como si nada en el club con mi hijo y dije que mi hermano estaba poniendo una imprenta en Rosario. Quería ver si Fito les estaba enseñando ajedrez a los chicos que estaban por participar en un torneo en el centro, creo que era en Gimnasia. Fito era el único de la barra que estaba recibido de algo y no se había ido del barrio. Era abogado. Le conté todo y le pedí: necesito de vos dos cosas, que no hables con nadie de esto, porque podés tener problemas vos, y que me enseñes cómo se hace para buscar a una persona, porque a uno de los tipos que se llevaron a mi hermano yo lo conozco. Quiso saber quién era y le dije: ni muerto te lo digo. Entonces dijo que había una forma de ubicar a alguien y que era como una jugada de ajedrez, me dijo “por eliminación”. Hay que buscar por apellidos, por profesión, por deportes que practique, por domicilios, por parientes, por lugares que podría frecuentar. Y agregó: así hace la policía.

En vez de hacer como en el ajedrez, hice como hago en el fútbol: fui directo a la casa de la madre. Doña Beba abrió la puerta y se quedó mirándome. Tenía un pie enyesado y como yo se lo miré me dijo que se había torcido el tobillo, entonces le comenté que si necesitaba, mi señora sabía poner inyecciones porque era enfermera, que la podía llamar. Me extrañó que me dejara parado ahí en la puerta y no me dejara pasar, entonces le pregunté:

—¿Sabe algo del Toto? Quería hablar con él...

—No, mirá... está en el interior, lo destinaron...

Como se quedó ahí y hacía una mueca de dolor y se apoyaba en la puerta entreabierta me sentí incómodo pero igual insistí:

—Tenía que hablar con él sobre un trabajo que me encargaron.

—No, él está viajando. Yo no salgo desde que me caí. No sé nada de Toto y tuve el teléfono descompuesto como un mes.

Me dio pena; la pobre mujer no sabía cómo hacer para terminar la conversación.

—Discúlpeme, doña Beba. Yo voy a encontrar a Toto. Discúlpeme.

Me fui caminando despacio, había empezado a lloviznar y no podía dejar de recordar el comedor de esa casa, cuando con el Toto y otros amigos jugábamos al truco o mirábamos un partido y doña Beba nos preguntaba siempre: ¿no quieren una picadita, chicos, no quieren un café?.

Llegué a la esquina, crucé la avenida y entré al café de Hugo.

—Qué hacés, Yuyo.

—Qué tal Hugo, dame un café.

Mientras esperaba el café y mirando hacia la calle pregunté:

—Ché, ¿hace mucho que no ves al Toto?

—A veces, cuando va a la casa de la madre toma un café aquí, pero hace tiempo que no viene; pasa en auto y lo deja a la vuelta, no frente a la casa de la vieja... vos sabés...

—Voy a pedirle a tu cuñado que me guarde la camioneta un tiempo, anda mal...

—¿Qué tiene?

—No sé, voy a ver si el Tano, tu cuñado, me dice qué pasa...

El Tano tenía una hermana desaparecida, todo el barrio lo sabía y por eso algunos ya no dejaban el auto ni hacían arreglos en el garage del Tano; la hermana había sido reina de belleza de San Martín. Era hermosa.

Fuí a verlo y charlamos largo. Hicimos un plan.

Me costó bastante controlar a mi vieja y a la mujer de mi hermano, pero las convencí y en la imprenta seguimos trabajando el pibe Marcos y yo, hasta que una tarde, cuando estábamos por cerrar, apareció un tipo, un flaco que no conocía y que me dijo:

—Te mandan decir que si no querés que le pase nada a tu pibe, no preguntes más por tu hermano.

Primero me limpié las manos despacio con un trapo, el tipo seguía ahí:

—Decile a Toto que mi mujer le pone las inyecciones y le está curando el pie a la madre de él, que no se preocupe que a la madre la vamos a cuidar y la vamos a atender bien.

Al flaco se le movió la cara como en los dibujos animados, después dijo:

—Yo ese mensaje no lo puedo dar porque no sé de quién me habla.

—Bueno, no importa, igual el mensaje le va a llegar.

A la semana siguiente doña Beba le dijo a mi mujer que no fuera más a ponerle inyecciones, que el médico le iba a mandar una enfermera.

Entonces tuve la seguridad de que el Toto había recibido el mensaje y no estaba viajando como me había dicho la madre. Me estaba vigilando. Pero yo también lo vigilaba.

Un anochecer llamaron a la puerta, abrí y una mujer delgada, nerviosa —me fijé en las botas muy sucias y pensé que no se podía decir qué edad tendría— preguntó si era yo y me dijo que vendría mañana a la noche a entregarme la foto que había en la billetera de mi hermano. Antes de que yo reaccionara se acercó lento un auto frente a casa, abrieron una puerta y la

mujer entró al auto. Hablé con el Tano. El plan funcionaba.

El tipo me pareció desarreglado, despeinado, la camisa arrugada y la mirada enrojecida. Me entregó el sobre, se fue caminando rápido y se metió en un auto estacionado cerca de la esquina; era de noche y no alcanzaba ver, pero me pareció que adentro del auto había otro tipo. De idiotas o trastornados, o para hacerse los duros, como siempre, arrancaron y pasaron a toda velocidad frente a mí; iban a contramano y no vieron ni supieron qué hacer cuando el camión sodero, vacío, dobló la esquina tambaleante como si lo empujaran desde atrás y se les vino encima. Al Toto, atrapado entre un asiento y la puerta hundida, le dije: me decís dónde está mi hermano y te saco. Lo arrastré hasta casa sangrando. Hice cerrar las persianas y apagar las luces. Cuando mi señora terminó de curarle la herida en la frenta y el hombro, ya había cantado como un canario. La policía se llevó al que manejaba junto a Toto ya muerto.

Pasó esa noche, la mañana del otro día, la tarde, la noche, y recién dos días después pude abrir el cuartito del fondo donde estaba encerrado el Toto; lo desaté y le saqué la mordaza.

—Estás sano y salvo, te podés ir. Mi hermano llegó hace un rato.